

LA EXPANSIÓN DE LOS PUEBLOS INDOEUROPEOS



El vocablo "indoeuropeo" nació como un concepto filológico, dada la identificación que la filología comparada comenzó a hacer entre un gran conjunto de lenguas actualmente habladas desde la India hasta Europa. Se suele citar a William Jones como primera persona que observó los paralelismos entre el latín, el griego clásico y el sánscrito, y dedujo que estas lenguas, y otras, derivaban de un antecesor común.

El concepto de indoeuropeo pasó a aplicarse también a los pueblos históricos que originariamente hablaron esas lenguas (pueblos indoeuropeos), a su sociedad (sociedad indoeuropea), a su religión (religión indoeuropea) y a su cultura (cultura indoeuropea).

En alemán se utilizaron los términos "indogermano" o "indogermánico". El término "indoeuropeo" se empleó inicialmente en inglés. Los conceptos indoiranio, indoiranio e indohitita son utilizados de una manera diferenciada.

«La organización social y económica del pueblo de los kurganos, basada en la rapidez de movimientos que les permitía la pronta domesticación del caballo y la posesión de carros, es la única apta para podernos explicar su potente influjo. Estos elementos, caballos y carros, efectivamente, se les ve aparecer denunciando las migraciones de estos pueblos y es un argumento muy bien utilizado por cuantos ven en las invasiones étnicas desde el Este el origen y expansión del indoeuropeo como lengua y como pueblo.

Este elemento étnico pasaría así a dominar y aglutinar las gentes de las áreas culturales que la Europa central, nórdica y occidental, al final de la Edad del Bronce. Solo tras estos pueblos se originarían los indoeuropeos históricos: aqueos-dorios en Grecia; tracios y frigios en los Balcanes; itálicos, vénetos, ilirios, célticos y germanos en Europa central y occidental; más al este, los baltos y los eslavos, últimos pueblos y lenguas indoeuropeas que entraron en la historia escrita, pero cuyo pasado hoy es ya mucho mejor conocido en su aspecto cultural gracias a los avances de la Prehistoria. Los movimientos y capas sucesivas de estos pueblos producen la indoeuropeización de toda Europa.» [Martín Almagro Basch]

ORIGEN DEL INDOEUROPEO



[Domingo Chica Pardo – CDP San José, Vélez-Málaga (Málaga)]

La familia de lenguas indoeuropeas es la mayor de las que hay en el planeta. Actualmente cerca de la mitad de la población mundial habla lenguas indoeuropeas.

El indoeuropeo forma una familia lingüística que engloba más de cuatrocientas lenguas y dialectos que tienen un origen común: todas las lenguas que se hablan en Europa (excepto el preindoeuropeo euskera y el húngaro, el estonio y el finlandés de influencia asiática más reciente).

La familia lingüística indoeuropea se extiende también por el norte de India, Pakistán y Asia Central. Se conocen también lenguas indoeuropeas extintas: el hitita (Anatolia) y el tochario (oeste de China).

Las tres lenguas indoeuropeas más antiguas que se conocen son el griego micénico, el hitita (en lo que hoy es Turquía) y el sánscrito del norte de India.

Estas tres lenguas se hablaban ya, y quizá se escribían, a mediados del segundo milenio antes de nuestra era, y eran muy diferentes unas de otras. Por consiguiente, en teoría, la hipotética separación del pueblo indoeuropeo original debió de ser muy anterior.

Cuando los europeos colonizaron el mundo, las lenguas indoeuropeas (fundamentalmente el español, el portugués, el francés y el inglés) se extendieron a América, gran parte de África (al menos como lenguas vehiculares) y Oceanía.

Todas estas lenguas indoeuropeas tienen entre sí más similitudes que las que se dan en otras familias lingüísticas, como la semítica, la ugrofinesa y la sino-tibetana. Comparten una serie de palabras y estructuras gramaticales, como las declinaciones y las conjugaciones.

A primera vista, el inglés, el ruso, el griego, el hindi o el español pueden parecer idiomas sin ninguna relación de parentesco. Pero si se va a palabras básicas de su vocabulario se observa la similitud formal y fonética entre mother, mat', mitéra, Mām y madre.

El protoindoeuropeo cuenta con términos para denotar al ganado bovino: *gwow- 'vaca, buey' y *tauros 'toro' y al ganado ovino: *h2owi-. También conocían los caballos (*ekwos 'caballo') y los cerdos (para los que existen las denominaciones *porkos y *suw-).

Además, conocían animales salvajes como el oso (*h2rtkos > *h2rtkos 'oso') y el lobo (*wlkwos 'lobo').

Numerosos autores parten de la existencia del indoeuropeo como una cultura primitiva con una estructura social concreta en un área más o menos delimitada. En cuanto a los modelos explicativos del origen de la unidad lingüística indoeuropea hay que distinguir dos grandes hipótesis: Migraciones e invasiones de pueblos en forma de militantes nómadas a caballo procedentes de las estepas pónicas del norte (Marija Gimbutas, 1921-1994). Estos pueblos guerreros habrían sometido a la cultura de la Vieja Europa, representada por una población campesina, pacífica, gobernada por sacerdotisas-diosas, que rendían culto a la Gran Diosa. A través de la fusión de los vencedores y vencidos, señores y siervos, habrían surgido las culturas y lenguas de los griegos, celtas, germanos y bálticos.

Según otra hipótesis la cultura y el idioma originales del indoeuropeo se habría originado en el norte de Mesopotamia (cultura Halaf) en el cuarto milenio a.C. De allí se habrían extendido a Europa Central y el Norte, dando origen a los bálticos, alemanes y celtas. Estas dos hipótesis no se pueden corroborar con hallazgos arqueológicos.

Otra hipótesis parte de la cultura de los vasos de embudo (en alemán TRB: Trichter Becher Kultur), una cultura arqueológica del Neolítico que se extendió en Europa Central y del Norte desde el 4200 a. C. hasta el 2800 a. C., así llamada por su cerámica característica, vasijas con cuello en forma de embudo. Su área geográfica abarca desde el sur de Noruega hasta la actual frontera entre República Checa y Austria, y desde los Países Bajos hasta Ucrania. La cultura fue definida por el arqueólogo alemán Gustaf Kossinna y fue el polaco Konrad Jażdżewski quien le dio su nombre actual en 1930.

La organización social y económica del pueblo de los kurganos estaba basada de desplazamientos que les permitió la pronta domesticación del caballo y la posesión de carros de ruedas. Este adelanto técnico, sobre todo la manufactura de herramientas de hierro, sería la única explicación para su potente influjo y conquistas. Este adelanto tecnológico les habría facilitado el dominio sobre las áreas culturales que la Europa central, nórdica y occidental, al final de la Edad del Bronce. Solo tras estos pueblos se originarían los indoeuropeos históricos: aqueos-dorios en Grecia; tracios y frigios en los Balcanes; itálicos, vénetos, ilirios, célticos y germanos en Europa central y occidental; más al este, los baltos y los eslavos, últimos pueblos y lenguas indoeuropeas que entraron en la historia escrita, pero cuyo pasado hoy es ya mucho mejor conocido en su aspecto cultural gracias a los avances de la Prehistoria. Los movimientos y capas sucesivas de estos pueblos producen la indoeuropeización de toda Europa.

Sobre la reconstrucción de una estructura social en una cultura primitiva del indoeuropeo escribe B. Schlerath (1987): «La reconstrucción de un indoeuropeo originario con una estructura social determinada no tiene sentido.» Hay que abandonar la hipótesis de la existencia de una cultura primitiva indoeuropea, localizada en una región de origen y con una estructura social concreta, una religión y una mitología.

Actualmente, es todavía imposible demostrar que por medio de los parentescos y las relaciones entre las lenguas se pueda hacer una reconstrucción lingüística unitaria de la lengua originaria. Toda reconstrucción no es sino un estado de lengua hipotéticamente más antiguo, pero nada nos garantiza que se trate de un estado "inicial" de lengua. Lo mismo se podría decir de la raza originaria.

Aunque es indiscutible el parentesco de las lenguas indoeuropeas, puede que la búsqueda de un fenómeno histórico único sea una quimera. Se ha de pensar más bien que, en esas sociedades protohistóricas, que vivían dispersas en pequeñas comunidades de unos cuantos centenares de habitantes, se dieron mezclas constantes, cruces y mestizajes escalonados durante varios milenios, aunque hubiera además brutales invasiones. Por otro lado, la mayoría de las sociedades humanas tradicionales eran multilingües.

Los indoeuropeos no habitaban en ninguno de los avanzados centros culturales del mundo antiguo, como el valle del Nilo, Mesopotamia, o el valle del Indo. La lengua registrada que las antiguas inscripciones jeroglíficas

egipcias no es indoeuropea. Cuando los indoeuropeos aparecieron en esos lugares fueron vistos como intrusos.

Los pueblos indoeuropeos parecieron en los márgenes de Mesopotamia alrededor del año 1500 a.C. Al mismo tiempo, en Anatolia se hablaba el hitita. Los arya (arios), rama indo-irania del indoeuropeo, ya estaban en el noroeste de la India: sus textos más antiguos, los *Vedas*, sugieren que en este momento estaban en el Panjab, y habían entrado en conflicto con los primitivos habitantes de la India.

En Europa los textos más antiguos de grupos de lengua indoeuropea son griegos. Desde el desciframiento por parte de Ventris del lineal B minoico se sabe que en Creta y en Grecia continental se usaba una forma de griego micénico hacia el 1400 a.C.

Los textos de lenguas itálicas son posteriores (siglo VI a.C.). Los pueblos de habla celta aparecen por primera vez en la región de los Alpes, sus inscripciones datan del siglo V a.C. en adelante.

Los pueblos germánicos son mencionados por primera vez por autores griegos y romanos en el siglo I a.C. Los registros más antiguos de las lenguas germánicas son inscripciones en alfabeto rúnico (siglo IV d.C.)

Los pueblos de habla eslava habitaban al norte de los Cárpatos durante muchos años antes de expandirse en los primeros años d.C. No hay registros escritos de las lenguas eslavas anteriores a la Edad Media

Es probable que la divergencia de las lenguas indoeuropeas haya comenzado hacia el 3000 a.C., aunque bien podría haber comenzado mucho antes.

EL PROTOINDOEUROPEO – PALEONTOLOGÍA LINGÜÍSTICA

La paleontología lingüística es una disciplina que pretende clarificar la prehistoria de grupos lingüísticos. Se basa en el análisis del vocabulario, y en particular la existencia de ciertos nombres de plantas y animales e innovaciones tecnológicas, a partir de las cuales pueden hacerse conjeturas sobre la cultura material de los hablantes de las protolenguas que dieron lugar a las lenguas de la familia. Este método se ha utilizado para determinar la presunta cuna original del indoeuropeo.

Las palabras que aparecen en un gran número de lenguas indoeuropeas y que no se puede demostrar que sean préstamos, eran probablemente parte del vocabulario protoindoeuropeo original. A partir de las palabras que tienen en común la mayoría de las lenguas indoeuropeas, se buscó las que podrían designar un paisaje concreto, unas costumbres, unos rasgos culturales o unas técnicas (nombre de herramientas y utensilios). Aunque este método no es muy eficaz, ya que las palabras cambian de significado o se toman prestadas de otras lenguas, y el vocabulario se renueva constantemente. Además, siempre se corre el peligro de que el razonamiento se convierta en un círculo vicioso.

Si nos guiamos por el vocabulario común a las lenguas indoeuropeas, podemos deducir que, antes de su dispersión, los indoeuropeos eran un pueblo de pastores nómadas o seminómadas. Tenían ganado vacuno y ovino: el inglés ox ('buey') se corresponde con el galés ych, el sánscrito uskan y el tocario okso, y la palabra inglesa ewe ('oveja') está relacionada con el latín ovis y con el sánscrito avi. El ganado era muy apreciado: la palabra feoh en inglés antiguo corresponde al sánscrito pacu y al latín pecu, que significaba tanto 'ganado' como 'riqueza'; de ahí el español peculio ('dinero y bienes propios de una persona'). La palabra latina que significaba 'dinero, riqueza' era pecunia, y el ganado figura en un lugar destacado en los primeros textos escritos de los pueblos indoeuropeos.

Hay palabras para animales domésticos, entre ellos el perro, y, posiblemente, el cerdo y el ganso; sin embargo, no hay una palabra común para el asno, ni para el camello, cuyo nombre proviene, a través del latín y el griego, de un préstamo de una lengua semítica.

Un animal muy importante era el caballo, que facilitaba la movilidad y el desplazamiento, tanto para cabalgarlo como para emplearlo como animal de tiro. Para el caballo ha sobrevivido un rico vocabulario. El caballo estaba también asociado al carro de ruedas; hay palabras comunes para rueda, eje, yugo.

Caso extraño es la existencia de palabras para el queso y la mantequilla, pero no ha sobrevivido una palabra común para la leche.

Se ha detectado poco vocabulario común para la agricultura. Se encuentra principalmente en las lenguas de la rama europea, pero puede haber sido introducido después de la dispersión. Sí hay palabras comunes para el grano, y el griego y el sánscrito tienen palabras relacionadas para el arado y el surco, por lo que existe cierta base para la idea de Colin Renfrew de que los proto-indoeuropeos era agricultores. No hay una palabra común para la cerveza (producto agrícola), ni tampoco para la caza o la pesca.

Para las herramientas y las armas, entre ellas las flechas, sí hay una serie de palabras comunes. Algunos indicios apuntan a que en algún momento estas herramientas y armas estaban hechas de piedra: el verbo latino secare 'cortar' está relacionado con saxum 'piedra, roca', y esta última palabra es idéntica al inglés antiguo seax, que significaba 'cuchillo' (la piedra afilada podía ser un instrumento cortante).

Hay dos palabras comunes para el cobre y el bronce, y se puede reconstruir una palabra proto-indoeuropea para la plata. Pero no hay terminología común para las técnicas metalúrgicas. El vocabulario muestra familiaridad con la alfarería y también con el tejido. Hay también palabras para casa, puerta y techo, lo que podría sugerir una vivienda más sólida que una tienda de campaña, pero no hay palabra común para ventana.

Hay palabras para la lluvia y la nieve, aunque su verano parece haber sido cálido (clima continental). Entre los animales salvajes que conocían están los lobos, los osos, las nutrias, los ratones, las liebres y los castores, pero

aparentemente no los leones, los tigres, los elefantes o los camellos, por lo que probablemente vivían en una zona fría templada.

Se ha discutido acerca de las palabras indoeuropeas comunes para el haya, la anguila y el salmón. El haya no crece en Europa nororiental ni al este del Caspio, por lo que se ha argumentado que el hogar ancestral de los indoeuropeos debe haber estado más al oeste. La anguila y el salmón no se encuentran en los ríos que desembocan en el Mar Negro, por lo que se ha propuesto que también hay que descartar esta región.

En cuanto a la haya, hay que tener en cuenta que el clima de Rusia meridional, en torno al 4000 a.C., era más húmedo y cálido que lo es hoy; había más árboles en las riberas de los ríos y arroyos, en los que podría haber habido hayas. En cuanto al salmón (alemán Lachs, sueco Laxa, ruso losósi, tocario laks), esta palabra podría referirse a una especie de pez que se da al norte del Mar Negro, y no al salmón que hoy conocemos.

Hay palabras comunes para los ríos y los arroyos, pero no hay una palabra para el mar o el océano, lo que indica que eran gentes de tierra adentro. Hay una palabra para embarcación, en latín *navis* y en sánscrito *naus*, pero en su origen podía haber sido la denominación de una barca utilizada para cruzar los ríos, o para pescar en ellos.

Hay un gran vocabulario indoeuropeo común para las relaciones familiares. La familia desempeñaba un papel importante en su organización social. Parece que las relaciones familiares transcurrían por la línea masculina: cuando una mujer se casaba, se iba a vivir con la familia de su marido. Hay una palabra indoeuropea generalizada para la nuera (en latín *nurus*, en griego *noûs*, en sánscrito *snusa*); sin embargo, no existe una palabra tan extendida para el yerno, y hay palabras comunes para el hermano del marido, la hermana del marido y las esposas de los hermanos del marido, pero no hay palabras comunes para los parientes de la esposa.

Esta idea de la familia indoeuropea, centrada en la línea masculina, se ve corroborada por los nombres indoeuropeos para los dioses. Hay unos pocos dioses, comunes a las lenguas europeas y a las asiáticas, que posiblemente representaban originariamente personificaciones de fuerzas de la naturaleza. Figura central de su panteón es un dios del cielo: los nombres del griego Zeus, el sánscrito Dyaus y el inglés antiguo Tiw (cuyo nombre sobrevive en la palabra inglesa Tuesday, 'martes') parecen derivados de una única palabra proto-indoeuropea. Zeus y Dyaus, al menos, pueden interpretarse como dioses del cielo, como fuerzas uránicas (del griego Οὐρανός, Ouranos '(el) Cielo', latinizado como Uranus, es un dios y titán personificador del cielo. Su equivalente en la mitología romana era Caelus. Urano era hijo y esposo de Gea, la Madre Tierra que. Urano y Gea fueron los padres de la primera generación de titanes, así como los ancestros de la mayoría de los dioses griegos.

En el vocabulario protoindoeuropeo no existe, sin embargo, una gran diosa madre o una diosa de la tierra, representante de las fuerzas ctónicas (del

griego antiguo χθόνιος khthónios, 'perteneciente a la tierra', 'de tierra'). Las divinidades ctónicas hacen referencia a los dioses o espíritus del inframundo, por oposición a las deidades celestes o uránicas. A veces también se los denomina telúricos (del latín tellus, 'tierra'). La palabra griega χθών khthōn es una de las varias que se usan para 'tierra' y se refiere típicamente al interior del suelo más que a la superficie de la tierra (como hace γαίη gaie o γῆ ge) o a la tierra como territorio (como hace χώρα khora). Evoca al mismo tiempo la abundancia y la tumba. Las divinidades ctónicas pertenecen a un viejo sustrato mediterráneo, identificado más obviamente con Anatolia. Los ciclos de la naturaleza, los de la vida y la supervivencia tras la muerte están en el centro de las preocupaciones que traducen.

En tiempos históricos, hallamos a veces sociedades con lenguas indoeuropeas que tienen una gran diosa madre, por ejemplo, la Creta minoica. Los nombres de dichas deidades, sin embargo, no parecen ser de origen indoeuropeo, y es de presumir que su culto fue tomado de un pueblo de habla no indoeuropea. Sin embargo, parecen haber existido diosas madre con nombres indoeuropeos en algunas comunidades de habla indoeuropea (por ejemplo, entre los celtas y los germanos), aunque estas diosas no parecen haber sido grandes diosas madre.

EL LUGAR DE ORIGEN DE LOS INDOEUROPEOS

Toda la información que nos proporciona la paleontología lingüística sobre la cultura proto-indoeuropea no nos sirve de base para establecer el lugar de procedencia de los ancestrales indoeuropeos. Se han formulado varias hipótesis sobre diferentes zonas que podrían haber sido el lugar de origen de los pueblos indoeuropeos: Escandinavia y las partes adyacentes del norte de Alemania, el valle del Danubio, en especial la llanura húngara, Anatolia (hoy en Turquía) y las estepas del sur de Ucrania, al norte del Mar Negro.

La teoría escandinava encontró bastante apoyo en Alemania, por estar asociada con la creencia nacionalista y racista alemana de que los pueblos germánicos eran los primitivos indoeuropeos de raza aria. Pero la localización de la tierra natal (*Urheimat*) indoeuropea en Escandinavia queda desechada por no coincidir con las pruebas de la paleontología lingüística: Escandinavia es una región marítima y el indoeuropeo no tiene una palabra común para mar u océano. Además, el terreno en las regiones escandinavas no es tan apto para el desplazamiento rápido con carros tirados por caballos como el de las estepas.

Tampoco existe una palabra común indoeuropea para el ámbar, uno de los productos más solicitados de la región del Báltico. Esta teoría arroja más bien luz sobre la permanente vinculación de los filólogos de finales del siglo XIX y de principios del XX con la política del pangermanismo, cuyos peores excesos hallaron expresión en la ideología nacionalsocialista.

En la década de 1920, el arqueólogo V. Gordon Childe propuso la localización de la patria indoeuropea en las estepas de Ucrania, al norte del Mar Negro. Según él, hay que identificar a los hablantes de proto-indoeuropeo con una cierta cultura de la «cerámica cordada» o del «hacha de guerra» de esa región.

Esta línea argumental fue la que desarrolló más tarde la arqueóloga lituana Marija Gimbutas (1921-1994). Esta arqueóloga incluye la cultura de la «cerámica cordada» de Gordon Childe bajo el título de «cultura de los kurganes», e intenta probar que fueron los protoindoeuropeos los que desarrollaron estas culturas. La evidencia material de estas culturas se correspondería con la evidencia de la paleontología lingüística, y también con lo que sabemos históricamente sobre los primeros pueblos de lengua indoeuropea.

Gimbutas ubica a los primitivos indoeuropeos bastante más hacia el este de lo que había hecho Gordon Childe, al norte de la cordillera del Cáucaso y en el bajo Volga (al norte del Mar Caspio) y fecha los asentamientos de la cultura de los kurganes en esta región a principios del quinto milenio a.C. Entre el 4000 a.C. y el 3500 a.C., la cultura de los kurganes habría extendido por el oeste hasta la llanura del Danubio, y en los siguientes quinientos años se la puede encontrar en el Balcanes, en Anatolia, en gran parte de Europa oriental y en el norte de Irán. Entre el 3000 a.C. y el 2300 a.C., continuas incursiones de esta cultura habrían alcanzado el norte de Europa, la zona del mar Egeo, el Mediterráneo oriental, y posiblemente Palestina y Egipto. Los «Pueblos del Mar» que saquearon y se establecieron en las costas y las islas del Mediterráneo oriental habrían sido portadores de la cultura de los kurganes.

El arqueólogo británico Andrew Colin Renfrew (*Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*. Londres: Pimlico, 1987), sin embargo, ha cuestionado la hipótesis de Gimbutas, con el argumento de que la expansión indoeuropea se inició en Anatolia, alrededor del 7000 a.C., y consistió en la propagación lenta de la agricultura en las tierras mucho menos pobladas ocupadas por cazadores-recolectores. Señala, además, que la difusión de una cultura material no supone necesariamente un movimiento de población.

Según los lingüistas rusos Gamkrelidze e Ivanov (*Indoeuropeos e indoeuropeos: una reconstrucción y análisis histórico de una protolengua y una protocultura*. 2 vol. Berlín y Nueva York: Mouton de Gruyter, 1995) hay préstamos semíticos en el indoeuropeo. Según estos autores, la patria original (*Urheimat*) indoeuropea está en Anatolia oriental, al sur del Cáucaso y al oeste del Mar Caspio y dan como fechas entre el quinto y el cuarto milenio a.C. La meta de las primeras migraciones habría sido el Mediterráneo oriental y la zona norte del Mar Negro. En el norte del Mar Negro se habría desarrollado el protoindoeuropeo, del que se derivarían luego las lenguas indoeuropeas de Europa.

La hipótesis de estos lingüistas rusos representa, en realidad, un compromiso entre la hipótesis de Anatolia del arqueólogo británico Andrew Colin Renfrew

y la hipótesis de los kurganes de la arqueóloga y antropóloga lituana Marja Chimbutas (1921-1994): el primer lugar de origen de los pueblos indoeuropeos estaría situado en la región de Anatolia, mientras que la región de los kurganes que describe Chimbutas constituiría una segunda patria para los pueblos indoeuropeos. Estos pueblos habrían vivido en las estepas del sur de Rusia, en el quinto milenio a.C., formando un grupo de comunidades con dioses comunes y una organización social similar.

Después del cuarto milenio a.C., la lengua ya se habría diferenciado en varios dialectos, y fue cuando habría comenzado a extenderse en varias direcciones: Irán, la India, el Mediterráneo y el interior de Europa.

De todos modos, todas estas hipótesis implican que no se habría tratado de una invasión indoeuropea, sino de una expansión en todas direcciones, expansión que significó un proceso muy largo y muy complejo.

El impacto de todas estas oleadas y migraciones indoeuropeas quedó confirmado por la Paleogenómica, que utiliza técnicas de secuenciación masiva para analizar genomas completos de organismos del pasado, cuyo ADN ha sido extraído a partir de restos de tejidos antiguos, principalmente óseos o dentarios. Esta tecnología ha permitido obtener la reconstrucción de genomas de individuos muy antiguos como los neandertales y los humanos del yacimiento de Atapuerca (en torno a 400.000 años) y el descubrimiento de nuevas especies humanas coetáneas a la nuestra, como los denisovanos (Altai, Siberia). La Paleogenética estudia el pasado por medio del análisis del material genético conservado de restos de organismos antiguos

En 2015, la revista *Nature* publicó las conclusiones de un macroestudio paleogenómico o paleogenético que parece corroborar la existencia de un influjo genético masivo en la Europa continental, procedente de las estepas rusas durante el período del Neolítico final.

LA DOMESTICACIÓN DEL CABALLO

Equus es un género de mamíferos perisodáctilos de la familia Equidae. Es el único género superviviente de una familia antaño muy próspera y diversa. Incluye a caballos, asnos y cebras. Los caballos y los asnos han sido domesticados por el hombre desde la Antigüedad, lo cual ha originado numerosas razas, pero las cebras mantienen su estado salvaje.

El *Equus ferus* es la especie a la que pertenecen tanto el caballo doméstico (*Equus ferus caballus*) como su antepasado salvaje eurasiático extinto (*Equus ferus ferus*), conocido como "tarpán" (con 64 cromosomas), así como el caballo de Przewalski (*Equus ferus przewalskii*), un taxón salvaje que aún vive en las estepas del centro de Asia.

El *Equus ferus* vivía en Europa Oriental, sur de Rusia, Ucrania. Se domesticó entre 4.500 y 4.000 a. C. y se unció a carros primitivos de dos ruedas en la segunda mitad del IV milenio (en Kurgan II según María Gimbutas).

Hacia 2.000 a. C. se diseñó la rueda de radios y el bocado (2300 a. C.) poco antes por los indoeuropeos. El término rueda surgió después de la ruptura del

protoindoeuropeo en torno a 2.000 a.C. por los protoindoarios o quizá antes de esa división lingüística.

La segunda invasión indoeuropea trajo el caballo a Europa. La mitología griega rechaza en principio al caballo, el jinete enemigo es el centauro (son borrachos y crueles).

La domesticación del caballo proporcionó a los indoeuropeos una gran movilidad, al poder ser cabalgado por jinetes y, tras la invención de la rueda, aprovechado como animal de tiro. Comienzan las oleadas indoeuropeas, que no invasiones, sobre Mesopotamia (2.193 a. C) Anatolia (hititas 1.800 a. C., Mitánios 2.000 a. C) Irán (persas y medos) y en el noroeste de la India (1.500 a. C. arios).

Más tarde llegaron a Europa, hasta la península Ibérica en sucesivas oleadas (pueblos itálicos, celtas, germanos, bálticos y eslavos) y Palestina (filisteos) y hasta Egipto (los hicsos reyes pastores 1663 a. C. a 1555 a. C.). Los pueblos con lenguas no indoeuropeas en Europa se extinguieron casi completamente a excepción de los vascos en el occidente y de los restos de pueblos urálicos en centro Europa (húngaros) y norte de Europa (laponos y fineses)

TEORÍAS SOBRE LA EXPANSIÓN DEL INDOEUROPEO

La arqueología y el estudio de las religiones arcaicas revelan coincidencias entre sociedades muy alejadas que podrían ser consecuencia de una conquista del territorio por los pueblos indoeuropeos, con la consiguiente imposición de su cultura.

En cambio, la gran diversidad cultural que se aprecia entre los pueblos indoeuropeos apunta la posibilidad de que su lengua y patrimonio se estableciera por contagio, sin desbancar las culturas originales, aunque las diferencias también pudieron surgir de la adaptación a los sucesivos territorios durante la expansión, resultando en variantes de una misma cultura indoeuropea.

La localización de la posible patria de los indoeuropeos, conoce una larga historia de proposiciones e hipótesis. Se ha tratado de identificar el territorio y la cultura de este pueblo por medio de la reconstrucción lingüística y la comprobación arqueológica, pero las discusiones han sido interminables. Desde los excesos de la escuela alemana con Kossina a la cabeza, escuela teñida de nacionalismo que localizaba la antigua patria en las llanuras del norte de Europa, hasta las hipótesis recientes y más sólidas, hay un azaroso camino.

Una hipótesis con grandes probabilidades, aunque sujeta todavía a comprobación, es la de la lituana Marija Gimbutas. Afirma que la única cultura que reúne los requisitos necesarios para ser la patria de los indoeuropeos es la cultura de los *kurgany*. El término kurgan es una palabra eslava que designa los túmulos típicos de dicha cultura que se localiza en Ucrania y hacia el este del río Volga y que puede fecharse en el cuarto milenio a. C.

Marija Gimbutas, aventuró la hipótesis de los kurganes, según la cual el tronco común a las culturas indoeuropeas sería un conjunto de gentes seminómadas que encontró sus fundamentos materiales en el caballo, la rueda, el desarrollo del metal, la agricultura y la ganadería. Entre las características culturales comunes a los protoindoeuropeos se halla una religión común politeísta con varios dioses celestiales.

Posiblemente poseyeran algunas ventajas tecnológicas que les permitieron expandirse a costa de otros pueblos, aunque algunos autores argumentan sobre una base arqueológica que la expansión fue pacífica.

La cultura indoeuropea habría alcanzado ciertas ventajas sobre otros pueblos, como la ganadería equina, el carro o la agricultura del trigo, y se habría expandido hasta abarcar el espacio entre el círculo polar ártico, el sur de Portugal y la India. Estos pueblos se expresaban en una lengua con características similares a las que se hablan hoy en la mayor parte de Europa, Irán e India, incluyendo lenguas muertas como el latín o el hitita.

TEORÍA DE LA RAZA ARIA

Es la teoría del indoeuropeo como "indogermano". Esta teoría, sostenida en el siglo XX por el arqueólogo nacionalista alemán Gustaf Kossinna, inspiró el nazismo y la idea de una "raza" original pura, formada por hombre de raza aria: altos, rubios y de ojos azules, que habría partido a la conquista de Europa y Asia, pero después se "bastardeó" por el contacto con los indígenas, por lo que era necesario restablecer su pureza por todos los medios.

La teoría no desapareció con el nazismo, puesto que siguen defendiéndola los movimientos actuales de extrema derecha, tanto en Europa como en EE UU.

Ario es una palabra derivada del sánscrito ārya. El avéstico cognado del término sánscrito es airya y el equivalente en persa antiguo es ariya. Se ha sostenido ampliamente que el término fue usado como una autodesignación étnica de los protoindoiranios.

Desde el siglo XIX, se tomó el término protoindoiranio para referirse no solo a los indoiranios propiamente dichos, sino también a los hablantes de protoindoeuropeo como un conjunto.

La teoría de una raza común indoeuropea con temperamento, costumbres e instituciones específicas, que fueron barriendo pueblos y ocupando países, es producto del romanticismo.

Los pueblos indoeuropeos se fueron asentando poco a poco en cada región y se fueron fundiendo con las poblaciones locales. Su avanzada tecnología metalúrgica y el invento del carro de cuatro ruedas tirado por caballos les dio preponderancia frente a las culturas locales neolíticas.

Las similitudes entre diferentes pueblos indoeuropeos a nivel cultural, religioso y lingüístico no implican la existencia de una raza homogénea, por ende, el concepto indoeuropeo pertenecería a la lingüística y no a la genética de poblaciones.

El concepto de "raza europea" carece de base científica. Es un error asimilar los criterios lingüísticos y culturales a los étnicos. El hecho de hablar una lengua común no implica tener un aspecto físico semejante.

Aunque es posible que existieran migraciones de pueblos indoeuropeos que difundieran rasgos culturales, entre otros la lengua, en un periodo de la Edad Antigua, y en un espacio que iría de la costa atlántica de Europa al norte de la India e Irán, sería impropio hablar de una única etnia indoeuropea originaria.

HIPÓTESIS DEL NEOLÍTICO DE ANATOLIA, DE COLIN RENFREW

La otra hipótesis, que estuvo muy de moda durante un tiempo, es la del asentamiento en Europa de las poblaciones procedentes de Oriente Próximo, que llevaron consigo la agricultura y la ganadería. En 1987 el arqueólogo inglés Colin Renfrew (*Anatolian hypothesis*) propuso que las lenguas indoeuropeas vienen de Anatolia. Colin Renfrew cree que no tenemos que suponer necesariamente ejércitos invasores o un movimiento masivo de población. La expansión inicial de los indoeuropeos habría sido simplemente la expansión de las fronteras de un pueblo agrícola, que a lo largo de los siglos introdujo la agricultura en las comarcas más escasamente pobladas de su periferia, habitadas por cazadores o por recolectores.

Este proceso requeriría una escala temporal más dilatada que la idea tradicional de la migración en masa: Colin Renfrew cree que la expansión comenzó hacia el 7000 a.C., mientras que el punto de vista tradicional lo fecha en el 4000 a.C. o algo más tarde. Colin Renfrew postula una "Urheimat" (tierra natal) Anatolia, y que la expansión de las lenguas indoeuropeas fue resultado de la expansión de la agricultura. Para Renfrew, no fue la cultura del caballo sino la expansión de la agricultura del neolítico anatolio unos 9.500 años atrás por las tierras europeas y asiáticas la fuente de todo. Esta visión implica una fecha más antigua del protoindoeuropeo (en torno a 9000 años en lugar de 6000). Otra teoría es la de Viacheslav Vsévolodovich Ivánov (*Armenian hypothesis*).

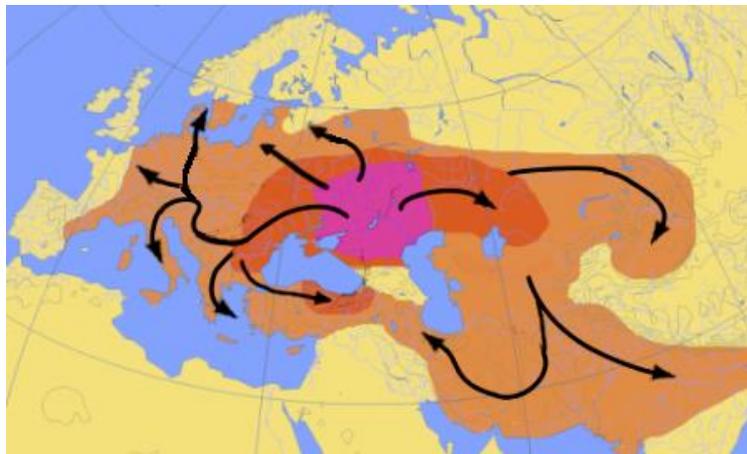
Una vez descubierta la agricultura con el descubrimiento de nuevas tecnologías como el arado, el aumento de la producción llevó a un aumento de la población, lo que hizo necesaria la búsqueda de nuevos territorios. Estas oleadas migratorias no fueron violentas. Desde el 6000 hasta el 3500 a. C. toda Europa y parte de Asia quedaba indoeuropeizada.

Dentro de los propios pueblos indoeuropeos ya establecidos se pudieron haber producido invasiones o migraciones en época posterior.

Pero esta hipótesis tiene varias lagunas, como la existencia de lenguas no indoeuropeas en Europa, el carácter guerrero de las mitologías indoeuropeas y las semejanzas entre lenguas que no responden al eje sureste-noroeste de esta colonización. Frente a la hipótesis de Anatolia, que defiende que la difusión del protoindoeuropeo se produjo hace unos 8.500 años, cuando los primeros agricultores procedentes del Próximo Oriente –actual Turquía– lo introdujeron al establecerse en Europa, se sitúa la hipótesis de la estepa. Esta

hipótesis propone que lo expandieron los pastores nómadas de las grandes praderas del norte de los mares Negro y Caspio, y que se expandió por Europa después de la invención de los vehículos rodados, hace entre 6.000 y 5.000 años.

HIPÓTESIS DE LOS KURGANES, DE MARIJA GIMBUTAS (1921-1994)



Mapa de las migraciones indoeuropeas desde el 4000 a. C. al 1000 a. C. de acuerdo con el «modelo Kurgan». La migración anatólica (indicada con una flecha punteada) podría haber tenido lugar bien a través del Cáucaso bien a través de los Balcanes. El área púrpura corresponde a la supuesta Urheimat (cultura de Samara, cultura de Sredny Stog). El área roja corresponde a la región donde se habrían asentado los pueblos indoeuropeos hasta cerca del 2500 a. C. aproximadamente, y el área naranja cerca del 1000 a. C.

En 1956, la arqueóloga lituana Marija Gimbutas (1921-1994) presentó su hipótesis de los kurganes (*Prehistory of Eastern Europe. Part I. Mesolithic, Neolithic and Copper Age cultures in Russia and the Baltic Area*. Cambridge: American School of Prehistoric Research). Esta hipótesis combinaba arqueología y lingüística para determinar el país o región de origen (*Urheimat*) de los pueblos indoeuropeos. La hipótesis de los kurganes de Marija Gimbutas fue secundada posteriormente por arqueólogos como James Mallory, Kristian Kristiansen y David Anthony.

Kurgán es un montículo de tierra y piedra levantado artificialmente sobre una tumba o tumbas. La palabra es de origen turco y significa "fortificación". Luego, por su uso en la arqueología rusa, pasó al idioma ruso como кургáн, 'túmulo'. La palabra Kurgán designa tumbas, enterradas y cubiertas que forman un montículo). En dichos enterramientos, el cuerpo del jerarca masculino se disponía junto a gran cantidad de ofrendas que solían incluir sus armas y su carro de guerra, así como animales y humanos sacrificados ritualmente. El lugar de origen de todos los pueblos indoeuropeos estaría en el sur de las estepas de la actual Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Estos pueblos se fueron extendiendo paulatinamente en diferentes oleadas de migraciones a partir del cuarto milenio a. C.

Los análisis lingüísticos apuntan a una zona del sur de Rusia como centro de propagación, en la que los ganaderos, que ya no eran cazadores-recolectores,

practicaban una agricultura rudimentaria. Los términos indoeuropeos comunes para la agricultura, como el arado, así como para el transporte, como la rueda, la carreta y el yugo, sugieren que las tribus indogermánicas se expandieron al lograr el transporte en carreta (inicialmente tirado por bueyes). Los indoeuropeos no fueron los portadores de los primeros cultivos herbáceos que emigraron de Asia Menor a Europa en el Viejo Neolítico, sino que fueron migrantes relativamente tardíos (3600-2600 a.C.).

Ya en el séptimo milenio a.C., el clima seco del norte del Mar Negro había provocado la desertificación del paisaje, creando así la estepa del sur de Rusia. Los habitantes de la estepa adaptaron su modo de vida al entorno estéril, se convirtieron en nómadas del ganado. Primero domesticaron el caballo, luego el toro salvaje, la cabra y la oveja. Estos nómadas del ganado eran indoeuropeos.

La zona geográfica de la que procedían estos pueblos, se conoce como Estepa Póntica, y según la hipótesis de los kurganes representaría el lugar originario (*Urheimat*) desde dónde se expandió la lengua madre de los idiomas indoeuropeos que actualmente se hablan en la mayor parte de Europa. Ponto (griego: Πόντος, 'mar') era el nombre dado en la antigüedad a las vastas extensiones de tierra del noreste de Asia Menor (la actual Turquía) que bordeaban el Ponto Euxino (Mar Negro), llamado con frecuencia por los griegos simplemente Pontos.

Las lenguas indoeuropeas habrían entrado en Europa en el neolítico final con los movimientos de grupos de pastores nómadas procedentes de las estepas pónticas.



La llamada **Estepa Póntica** es una ecorregión que se extiende por Europa oriental, desde el norte del mar Negro y del Cáucaso hasta la frontera entre Rusia y Kazajistán, en el sur de los montes Urales.

Una pradera de 994.000 km² en el extremo noreste de Bulgaria, el sudeste de Rumanía, el este de Moldavia, el sur de Ucrania, el sur de la Rusia europea y el noroeste de Kazajistán.

El núcleo de estas poblaciones se encontraría en la cultura Yamnaya (3000 a.C.), caracterizada por la construcción de grandes túmulos funerarios (kurganes) en los que se enterraban a personajes relevantes.

En estas extensas estepas pónticas, el clima favorable y el pasto abundante llevó a una economía pastoril dominada por la domesticación del caballo y generó un gran excedente demográfico, tanto de humanos como de animales que empujó a la expansión territorial y a las invasiones. Como ocurrió en los tiempos históricos con los hunos y con las hordas mongólicas.

Los pueblos de los kurganes habrían desarrollado la movilidad necesaria para ocupar vastas zonas a partir de su maestría en la equitación y su conocimiento

y uso de los carros, vehículos que a menudo suelen aparecer enteros o desmontados bajo los túmulos.

Estos pastores se expandieron hacia el oeste y entraron en contacto con los agricultores europeos del Neolítico final. De estos contactos surge la nueva cultura centroeuropea de la cerámica cordada (llamada *Ware*) con cuerdas anudadas sobre las vasijas. Los kurganes se extendieron por el centro y este de Europa, desde Ucrania hasta Polonia y Dinamarca.

Las lenguas indoeuropeas comparten palabras referidas al pastoreo, a la metalurgia y a los carros tiradas por caballos. Esto apoyaría la tesis de su origen común en la Edad de los Metales y no en el Neolítico inicial, antes del descubrimiento de los metales.

El proceso de expansión de ese pueblo nómada o seminómada se habría desarrollado a lo largo de milenios, unas veces a partir de migraciones en masa y otras veces a través de estaciones u ocupaciones intermedias.

Según Gimbutas, desde su hogar original (las estepas al sur del río Volga) los indoeuropeos habrían traspasado las montañas del Cáucaso hacia el Sudeste, pasando sucesivamente a Irán, Mesopotamia y la India, donde llegaron en el siglo XX a.C.; en ese viaje hacia el Este se forjaron el idioma sánscrito, el kurdo, y la lengua de los persas. Otra rama alcanzó la península de Anatolia, donde floreció la cultura hitita, cuya lengua se ha descifrado por analogía con las europeas.

La ocupación de Europa por los indoeuropeos debió de hacerse en varias oleadas a partir del siglo XXXIV a.C., según Gimbutas. Una de ellas habría ocupado la región de los montes Balcanes y Grecia hacia 2700 a.C., mientras que otra rama subía al Norte, hacia Escandinavia y el mar Báltico.

A su vez, los pueblos indoeuropeos que se asentaron en Europa Central habrían constituido el grupo que luego se diferenciaría en celtas, itálicos, armenios, ... Algunos de estos pueblos, unidos por lazos lingüísticos y tal vez culturales, prosperaron y siguen vivos en nosotros, en nuestra lengua, leyes y filosofía, como los latinos o los helenos. Otros, como los hititas, florecieron durante varios siglos y luego desaparecieron.

Gimbutas proponía un único origen geográfico para la familia indoeuropea y subrayaba la diferencia profunda entre las culturas y la sociedad de las dos grandes migraciones neolíticas separadas por 4.000 años.

Los kurgos vivían en asentamientos elevados fortificados (castros) y eran sociedades ganaderas fuertemente jerarquizadas que se expandieron a sangre y fuego por Europa y Oriente Próximo a lomos de sus caballos y de sus carros de guerra.

Su organización social era patriarcal, gobernada por jefes guerreros que adoraban a Dioses celestes masculinos y que blandían la maza, el hacha o la espada como símbolos divinos.

La cultura de los agricultores neolíticos originales tendría un marcado carácter igualitario (reflejado en el mismo tratamiento en las tumbas de hombres y

mujeres), mientras que, en la nueva migración llegada de las estepas rusas, las tumbas de los hombres acaparan todas las muestras de riqueza, lo que revela que estamos ante una sociedad jerarquizada, distinta al igualitarismo del neolítico temprano. Se acentúa el contraste entre ganaderos y agricultores: Abel y Caín de la Biblia.

Muchos investigadores que aceptan las migraciones indoeuropeas, mantienen que la transición fue bastante más gradual y pacífica de lo que sugería Gimbutas.

Las migraciones no serían operaciones bélicas orquestadas, sino expansión de tribus y culturas inconexas a lo largo de muchas generaciones. El punto más controvertido de la hipótesis de los kurganes es el modo en que las nuevas culturas se impusieron a las indígenas (por asimilación pacífica o mediante la violencia). Algunos lo comparan con la conquista de América por los españoles.

Según la hipótesis de los kurganes, los pueblos indoeuropeos se desplazaron hacia el oeste, el sur y el este en varias oleadas entre los años 4400 y 2200 a.C.

Según la hipótesis de Marija Gimbutas, hubo tres migraciones de kurganes:

Kurgán I entre 4500 y 4300 a.C.; zonas de destino: Área de la Cultura Suvorovo (Moldavia, curso bajo del Danubio en Rumania, noreste de Bulgaria), valle del Danubio, sur de Hungría.

Kurgan II 3500 a.C. – meta: Zonas interiores de los Balcanes más allá de los valles fluviales, que se extienden hasta la región alpina.

Kurgán III 3100-2900 a.C.; zonas de destino: Costa adriática, Albania, costa del mar Báltico y del norte, Estados Bálticos y Escandinavia meridional. Con la tercera ola, los pueblos indogermánicos llegaron hasta Albania y el norte de Grecia. Allí su cultura se fundió con la de la población antigua. En el período entre 2300 y 2200 a.C., hacia el final del período helénico temprano, se formó un cierto perfil etnocultural en esa región, que más tarde se convirtió en griega.

La hipótesis de Kurgán postula una rápida convulsión social, de la que son víctimas las antiguas culturas neolíticas (desde el séptimo milenio a.C.) de gran parte de Europa. El dominio de la tecnología del hierro les proporcionó una superioridad bélica, a pesar de su inferioridad numérica, junto con la invención de carros tirados por animales, que aumentó considerablemente su capacidad de desplazamiento.

Un estudio genético, publicado en 2015 en la revista *Nature*, identificó dos oleadas migratorias a Europa: una entre 5000 y 6000 a.C. de los primeros agricultores procedentes del Oriente Medio a través de Anatolia. Otra inmigración masiva, procedente de las estepas del sur de Rusia, a partir del 4000 a.C.

Según la hipótesis de los kurganes de Marija Gimbutas, los pueblos indoeuropeos se desplazaron hacia el oeste, el sur y el este en varias oleadas entre los años 4400 y 2200 a.C., empujados por una larga sequía. En Europa Central y Occidental, estos pueblos indoeuropeos fueron desplazando gradualmente a las poblaciones no indoeuropeas, las asimilaron y dieron origen a culturas mixtas, como los celtíberos en España. Según Marija Gimbutas, llama a las culturas pre-indoeuropeas la Vieja Europa: primeros agricultores que se establecieron en Europa en el período neolítico (séptimo milenio a.C.). Según los estudios genéticos, los pueblos de esa época han dejado su "huella" genética en el perfil del genoma de las poblaciones posteriores.

Entre los pueblos pre-indoeuropeos de la Vieja Europa se encuentran: los vascos y los ibéricos (España), los etruscos (Italia), los pelagos (Grecia), los léleges (Grecia, Mar Egeo y sudoeste de Anatolia), los minoicos (Creta).

RESULTADOS DE LA PALEOGENÓMICA O PALEOGENÉTICA

Esta teoría de la estepa concibe más bien una migración guerrera, de pueblos que tenían ya carros y caballos para uso doméstico. En este caso, el problema es que resulta difícil seguir estos movimientos a través de la arqueología.

Un estudio genético respalda la hipótesis de la estepa, identificando una migración masiva de los pastores de la cultura Yamnaya de la estepa norpónica –Rusia, Ucrania y Moldavia– hacia Europa que habría favorecido la expansión de al menos algunas de las lenguas indoeuropeas por el continente.

En 2015, la revista *Nature* publicó las conclusiones de un macroestudio genómico internacional coordinado por el prestigioso genetista David Reich de la Universidad de Harvard. Según este estudio, los análisis paleogenéticos (análisis de genomas o completos de organismos del pasado) corroborarían la existencia de un influjo genético masivo en la Europa continental, procedente de las estepas rusas durante el período del Neolítico final.

Las conclusiones de dicho estudio las contaba el periodista Javier San Pedro en un artículo para el diario *El País*:

«Los genomas de 69 europeos de 8.000 a 3.000 años atrás, confirman la "hipótesis de la estepa" (o "de los kurganes"), avanzada en los años 50 del siglo pasado por la arqueóloga lituano-estadounidense Marija Gimbutas (1921-1994), que reunió evidencias de que la patria de los proto-indoeuropeos era la llamada estepa pónica, formada por las inmensas praderas al norte de los mares Negro y Caspio. Hace 4.500 años, los ganaderos Yamnaya que vivían allí, se extendieron por Europa gracias a sus flamantes carros de ruedas.»

En este macroestudio ha participado también el arqueólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona Roberto Risch, cuyas valoraciones eran recogidas en un artículo del periódico *La Vanguardia*:

«Estos pastores venidos de la estepa ya no ponen el énfasis en la colectividad sino en el individuo; no son igualitarios, sino que un pequeño grupo de

hombres acapara riqueza; aparecen diferencias muy marcadas entre hombres y mujeres; y desarrollan una cultura política de poder basado en la violencia. Forman comunidades pequeñas y móviles, que se desplazan gracias a la invención de la rueda y del carro, y fabrican armas con bronce, no para cazar, sino para ejercer la violencia.»

En otro artículo publicado en marzo del 2018 en la revista científica *Nautilus*, el genetista David Reich nos ofrece el revelador dato de que allá dónde llegaban los invasores yamna, el cromosoma Y (linaje paterno) de las estepas comenzaba a predominar entre la población, lo cual nos indica que los invasores indoeuropeos suplantaban a la población masculina y procreaban con las mujeres locales (es de suponer que por la fuerza):

«La reconstrucción de Gimbutas ha sido criticada como fantástica por sus detractores, (...) Sin embargo, datos de ADN antiguo han mostrado que la cultura yamna era una sociedad en la que el poder estaba concentrado en manos de una elite masculina formada por un pequeño número de linajes. Los cromosomas Y (linaje paterno) que llevaban los yamna eran casi todos de unos pocos tipos, lo que muestra que un número limitado de hombres debieron ser extraordinariamente exitosos en expandir sus genes. Por el contrario, en su ADN mitocondrial (linaje materno), los yamna mostraban secuencias diversas. Los descendientes de los yamna o sus parientes cercanos expandieron sus cromosomas Y en Europa y la India, y el impacto demográfico de esa expansión fue profundo, dado que los tipos de cromosoma Y que llevaron estaban ausentes en Europa y la India antes de la Edad del Bronce, pero predominan hoy en ambos lugares. Está claro que la expansión yamna no pudo ser pacífica.»

Por tanto, sería más correcto utilizar en dichos estudios genéticos el término "invasión" en vez del de "migración".

Así lo sugieren las conclusiones de otro estudio genético del 2017 en el que ha participado el profesor de genética de la Universidad de Uppsala (Suecia), Mattias Jakobsson, quien nos ofrece otro revelador dato: las migraciones indoeuropeas estuvieron formadas en más de un 90 % por hombres. Es decir, una invasión guerrera que exterminaba a los hombres autóctonos, a la par que esclavizaba a sus mujeres con fines reproductivos.

Los análisis genéticos permiten afirmar que aproximadamente el mismo número de hombres y mujeres participaron en la migración de los agricultores de Anatolia en Europa. Sin embargo, para las migraciones posteriores desde la estepa póntica durante la Edad del Bronce temprana, encontramos un sesgo masculino muy fuerte. Se ha observado que hay muy pocos cromosomas X de los migrantes yamna, lo que indica que había quizá una decena de hombres migratorios por cada mujer migratoria.

Y el mismo patrón se repite en la geografía ibérica. Así, en octubre del 2018 David Reich presentó en una conferencia en Londres, organizada por la revista *New Scientist*, las conclusiones de un estudio genético sobre las poblaciones ibéricas de hace 4.500 años, momento en el que hace irrupción en la Península la cultura yamna. Según Reich, allá donde su equipo ha tomado muestras, se

ha encontrado con una suplantación generalizada de los individuos nativos masculinos por parte de los guerreros yamna. Así explicaba lo que para él sugerían los datos genéticos recopilados:

«La colisión de estas dos poblaciones en la Península Ibérica no fue amistosa, ni siquiera igual, sino que los varones de fuera desplazaron a los locales y lo hicieron casi por completo, mientras que las mujeres habrían sido esclavizadas.»

En este sentido, el arqueólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona Roberto Risch, comenta sobre los datos genéticos extraídos en restos de individuos del yacimiento de Labastida, en Murcia:

«Para nuestra inmensa sorpresa, nos hemos dado cuenta de que la Península Ibérica no solo fue colonizada por la primera migración neolítica de hace 8.000 o 9.000 años, sino también por otra muy posterior, de hace 4.500 años (2.500 a.C.), y portadora de una cultura muy diferente. Una cultura con carros de cuatro ruedas y hachas de guerra manufacturadas en bronce. (...) Las tumbas de los hombres guerreros, acaparan desde entonces casi todo el armamento, los adornos y las muestras de riqueza, y la arqueología revela marcados signos de una sociedad jerárquica que rompió con el antiguo igualitarismo del neolítico temprano.»

Los investigadores han observado que el linaje de los individuos de las tumbas de la cultura de la cerámica cordada excavadas en Alemania tiene más de un 75% en común con el de las poblaciones yamnaya. Esto sugiere que se produjo una migración masiva de hombres y mujeres de las sociedades de pastores de la estepa norpóntica hacia Europa central.

Este vínculo genético persiste en todas las muestras de Europa central hasta hace 3.000 años, y todavía se encuentra en los europeos actuales. Mientras que en el norte y el centro de Europa representa en torno al 50% del pool genético actual, en la Península Ibérica se situaría en torno al 25%.

La cultura neolítica llamada en español "del vaso campaniforme" se extendía en el tercer milenio a. C., desde la península Ibérica hasta Dinamarca y desde las Islas Británicas hasta Hungría, con unas cerámicas muy similares en todo ese inmenso territorio. La mayoría de los arqueólogos admiten su origen ibérico. Y sin embargo sus herederos son muy distintos según las regiones.

Parece que a partir de 3000 a. C. se difundió un patrimonio genético, procedente de las estepas, por el norte de Europa y el sur de Asia. Aun así, existen muchos interrogantes. Los genes de las poblaciones esteparias son de piel y cabellos oscuros, mientras que los del norte de Europa son de piel y cabellos claros. Y la cerámica del norte de Europa es diferente de la de las estepas.

Los genomas de 69 europeos de 8.000 a 3.000 años atrás confirman la "hipótesis de la estepa" (o "de los kurganes"), de Marija Gimbutas (1921-1994). Pero estos resultados no excluyen la existencia de una gran migración desde Oriente Próximo hacia el oeste en los albores del neolítico (8.000 años atrás). De hecho, la confirman. Lo que sí excluyen es que ese antiguo

movimiento de población fuera el responsable de propagar todas las lenguas indoeuropeas, como sostiene la teoría defendida, sobre todo, por el arqueólogo británico Colin Renfrew.

«En conclusión, aunque es indiscutible el parentesco entre las lenguas indoeuropeas, es muy probable que la búsqueda de un fenómeno histórico único que pudiera ser su origen en forma de conquista militar es una quimera.

Debemos pensar más bien que en esas sociedades protohistóricas, que vivían dispersas en pequeñas comunidades de unos cuantos centenares de habitantes, se dieron mezclas constantes, cruces y mestizajes escalonados durante varios milenios, aunque hubiera además brutales invasiones. Por otro lado, la mayoría de las sociedades humanas tradicionales eran multilingües.

Por eso, para seguir avanzando, es indispensable una estrecha colaboración entre lingüistas, arqueólogos y biólogos» [Jean-Paul Demoule, *El País* – 22 abril 2018 (autor de: *Les dix millénaires oubliés qui ont fait l'Histoire* (Fayard) y *Mais où sont passés les Indo-Européens?* (Seuil)].

«Durante unos cuantos miles de años, el panorama genérico es muy uniforme. Algunos habían especulado que el neolítico sería un período de grandes transformaciones, pero no es así. En algunos lugares, como la península ibérica, un individuo del neolítico medio, de hacia el año 5000 a.C., es indistinguible de otro calcolítico, que podía haber vivido 3.000 años después.

En el resto de Europa la situación es parecida, aunque para entonces empieza a llegar desde el este la última gran revolución genética: los pastoralistas nómadas de las estepas, relacionados con la cultura Yamnaya y la tradición de los kurganes.

Estos individuos arrastran una señal genérica de la llanura póntica, caracterizada por el sustrato CHG (*Causasus hunter-gatherers*) y EHG (*Eastern hunter-gatherers*), que es muy distintivo.

Son comunidades muy móviles que con toda probabilidad basan su éxito en dos puntos esenciales: la domesticación del caballo y la adopción de carros tirados por estos animales.

Se trata de una invasión violenta (quizá ayudada por epidemias como la peste), que conlleva el colapso de las sociedades del neolítico final y surgimiento de una sociedad jerarquizada, con una aristocracia que se reproduce de forma preferente.

Por este motivo, el cromosoma Y típico de estos nómadas, el R1b, se convierte en el mayoritario en la Europa actual. En el período de la invasión Yamnaya y posterior, su frecuencia es abrumadora y llega casi al 90% de los individuos masculinos (el resto, igual que en el ADN mitocondrial, son linajes que provienen del anterior sustrato neolítico).

Las desigualdades sociales que permitieron esta asimetría reproductora debieron ser espectaculares. En los últimos decenios ha prevalecido la idea de un incremento de las desigualdades sociales entre finales del Neolítico y la

Edad del Bronce (hace entre 5.500 y 4.000 años), que habría sido resultado de un proceso gradual y, en gran medida, pacífico.

Sin embargo, algunos especialistas han llamado la atención sobre el hecho de que, en esa época, en el Cáucaso y las estepas norpónticas estaban teniendo lugar cambios económicos y políticos decisivos.

Además de ciertas innovaciones tecnológicas, como la invención de la rueda y la producción de herramientas y armas de bronce más eficaces, se observa un cambio en los rituales funerarios.

El fenómeno campaniforme termina por expandir el sustrato de las estepas a todos los rincones de Europa occidental. A finales de la Edad del Bronce, este componente ha llegado a Reino Unido, Italia, Francia y España y ha contribuido a conformar el panorama genómico europeo que llega hasta la actualidad.

Vicisitudes posteriores, ya sean de tipo migratorio o epidémico, son solo pequeñas variaciones que se superponen a este gran cambio poblacional.» [Lalueza-Fox, Carles: *La forja genética de Europa. Una nueva visión del pasado de las poblaciones humanas*. Universitat de Barcelona Edicions, 2018, p. 171-172]

En noviembre del 2017, Lord Colin Renfrew, da una conferencia en homenaje a Marija Gimbutas tras décadas de criticar duramente sus teorías.

El impacto de todos estos recientes estudios genéticos ha sido tal que, el gran arqueólogo de la Europa neolítica Colin Renfrew, conocido por su hipótesis (enfrentada a la de Gimbutas durante décadas) de que las lenguas indoeuropeas se expandieron desde Anatolia hace 8.000 años a través de la primera migración de agricultores de la que hemos hablado anteriormente, ha admitido públicamente que Marija Gimbutas estaba en lo cierto y él no.

Colin Renfrew, quien en su juventud compartió trabajos e investigaciones con Gimbutas, comenzó posteriormente a criticarla severamente cuando ella sacó a la luz la Hipótesis de los Kurganes. Su enfrentamiento fue un clásico de los círculos académicos sobre la materia.

En una actitud que le honra, en noviembre de 2017 dio una conferencia en el Oriental Institute de la Universidad de Chicago en homenaje a Marija Gimbutas titulada "Marija Redviva: DNA and indoeuropean origins". Renfrew finalizó su ponencia diciendo: "Creo que la hipótesis de los kurganes de Marija ha sido magníficamente vindicada".

Pero Colin Renfrew no entró a valorar ni respaldó la teoría de arqueóloga y antropóloga lituano-estadounidense Marija Gimbutas sobre el "choque de civilizaciones" entre las culturas pacíficas, sedentarias y matrifocales de la antigua Europa y las culturas nómadas, guerreras y patriarcales invasoras de los indoeuropeos. Colin Renfrew se mantuvo incrédulo sobre el concepto de la vieja Europa y las sociedades gobernadas por figuras femeninas.

Aunque la hipótesis de los kurganes de Gimbutas fue, generalmente, aceptada, no así su tesis sobre la existencia de un culto religioso anterior al

impacto indoeuropeo. Este culto estaría basado en una representación única y universal que denominó la Gran Diosa.

Este término lo consideró el más adecuado, ya que con él englobó todas las posibles variantes en cuanto a las diversas representaciones y poderes atribuidos a la deidad.

De acuerdo con esta idea, el concepto de Gran Diosa se aleja del de la Diosa de la Fertilidad, del de la Madre Tierra y del de la Diosa madre, ya que según la teoría expuesta por Gimbutas, estas forman parte del concepto de Gran Diosa que engloba todas las posibles representaciones y facetas de la misma y solo describen una parte del papel de la figura principal.

LA CULTURA YAMNAYA Y LA TRADICIÓN DE LOS KURGANES



Mapa de la ubicación de la cultura Yamnaya en el 3500 a. C. en el Viejo Mundo.

En la hipótesis de los kurganes, la totalidad de las estepas pónicas son consideradas la Urheimat (tierra natal) indoeuropea.

La domesticación del caballo y luego el temprano uso del carro han sido considerados como los factores principales del aumento de movilidad de los grupos de los kurganes y de sus pretendidas victorias militares, facilitando su expansión sobre toda la región del grupo de Yamna.

La cultura Yamnaya (yamna significa 'hoyo' en ucraniano y ruso) o «cultura del sepulcro» es una de las últimas culturas del final de la Edad del Cobre (o Era Calcolítica) y comienzos de la Edad del Bronce, en la región de Bug, Dniéster, Ural (Estepa del Ponto, Caspio).

La cultura Yamnaya estuvo activa entre el siglo XXXVI a. C. y el siglo XXIII a. C.

Esta cultura era predominantemente nómada, aunque practicaban algo la agricultura cerca de ríos y de algunos castros (fortificaciones).

Se piensa que la cultura Yamnaya podría haberse originado en la zona media del río Volga a partir de la cultura Khvalynsk y en el río Dnieper medio a partir de la cultura Sredny Stog.

En su zona occidental, fue sucedida por la cultura de las catacumbas; y en el este, por la cultura de Poltavka y la cultura de Srubna.

En la hipótesis de los kurganes de Marija Gimbutas (1921-1994), la cultura yamna se identifica con los últimos protoindoeuropeos.

El pueblo Yamnaya es un candidato —junto con el pueblo Sredny Stog— a ser el lugar de origen (urheimat) del idioma protoindoeuropeo.

La teoría de continuidad paleolítica asocia a las culturas de los kurganes ('túmulos') Yamnaya y de Sredny Stog con los pueblos túrquicos.

La hipótesis anatoliana y la teoría del diluvio del Mar Negro niegan el origen indoeuropeo propuesto por Gimbutas sobre la hipótesis de la invasión kurgana calcolítica.

La cultura Yamnaya se puede relacionar de manera casi directa con un complejo cultural indoeuropeo (o más específicamente, indoiranio): la cultura andrónovo, que es el complejo arqueológico más antiguo que se puede identificar con un grupo lingüístico indoeuropeo particular.

Algunos no ven a los yamnayas como ancestros de los indoeuropeos, sino solo de los indoiranios (migrados hacia el sureste).

Son características de esta cultura las inhumaciones en kurganes (túmulos), en sepulcros tipo hoyo en los que se introducía el cuerpo en posición de decúbito supino con las rodillas dobladas. Los cuerpos eran cubiertos con ocre.

En estos kurganes se han encontrado sepulcros múltiples, a menudo con inclusiones posteriores.

Se ha descubierto que realizaban ofrendas de animales (ganado, cerdos, ovejas, cabras y caballos), una característica que se asocia tanto a los pueblos protoindoeuropeos como protoindoiranios.

El genetista David Reich, de la Universidad de Harvard, ha adelantado que, conforme a un estudio basado en el análisis de ADN de los restos de 153 individuos, existe evidencia de que hace unos 4.500 años descendientes de los yamnayas invadieron la península Ibérica con un importante y perdurable impacto genético. Según este genetista, al cabo de algunas generaciones, el ADN del cromosoma Y masculino de los invasores habría reemplazado en un 100% el de los hombres locales.

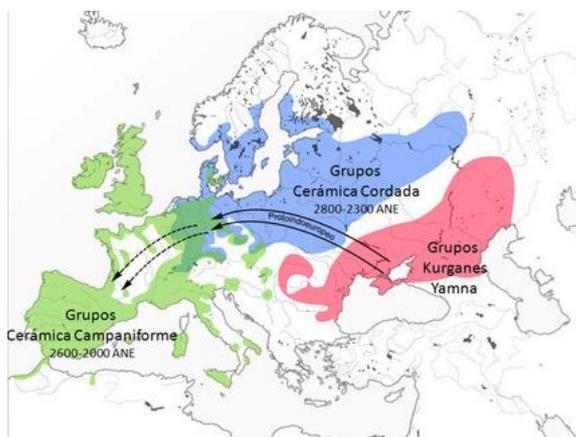
Las tumbas pasan a ser individuales, y las diferencias en el tratamiento ritual de hombres y mujeres son cada vez más marcadas. Los ajuares funerarios más ricos están concentrados en un grupo reducido de tumbas masculinas. Este ritual funerario pretende destacar las diferencias sexuales y económicas basadas en el control de la tecnología y los medios para ejercer la violencia.

Los cambios se produjeron por la expansión de poblaciones con unas relaciones de parentesco patriarcales, un tipo de armamento y unas

estructuras de poder desconocidas entre las comunidades neolíticas de Europa occidental. Todo esto potenciado por la domesticación del caballo, que facilitaba desplazamientos rápidos y la invención del carro tirado por caballos, que hacía posible el transporte de armas y herramientas.



Mapa que muestra la extensión aproximada de la cultura Yamnaya entre el 3200 y 2300 a. C. Se mencionan la cultura de la cerámica encordelada, cultura del ánfora globular y la cultura de Baden.



Hace unos 4.500 años la lengua indoeuropea se expandió por Europa de la mano de poblaciones procedentes de las estepas rusas. / *Nature*.

La cultura de la cerámica cordada es un vasto horizonte arqueológico europeo que comenzó a despuntar a finales del Neolítico regional (la Edad de Piedra), alcanzó su apogeo durante el Calcolítico (la Edad de Cobre) y culminó a principios de la Edad de Bronce (o sea, entre el 2900 y el 2450/2350 a. C.). Esta cultura arqueológica se extendió por toda la Europa del norte y oriental, desde el río Rin en el oeste, hasta el río Volga en el este.

La cultura de Baden (entre el 3600 y el 2800 a. C.) fue una cultura arqueológica de la Edad del Bronce hallada en Europa central, ocupando un área notablemente coincidente con el Imperio austrohúngaro, menos las áreas del Adriático. Se ha dicho que era parte un gran complejo arqueológico que abarcaba culturas de la boca del Danubio, de la orilla oriental del mar Negro y del Helesponto y de (Troya).

Algunos autores tienden más a destacar la diversidad cultural entre los grupos kurganes y la continuidad que se aprecia en Centroeuropa desde el Neolítico

hasta la Edad del Bronce, que las ideas de Gimbutas de una "cultura kurgana" uniforme que provocó una ruptura con las costumbres neolíticas.

Otros, que consideran la hipótesis de los kurganes como la teoría estándar acerca de los orígenes de los indoeuropeos, creen válidas las críticas hacia el escenario de invasiones militares sostenido por Gimbutas.

Alexander Häusler ha criticado el concepto de Gimbutas de «una» cultura kurgán que mezcla varias culturas distintas, como la cultura de Yamna. A pesar de que el escenario de los kurganes es aceptado como una de las soluciones más plausibles al problema de los orígenes indoeuropeos, tiene en su contra el ser un modelo especulativo, no normativo.

LA REVOLUCIÓN GENÉTICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La península ibérica fue una de las zonas de Europa donde más tarde llegó la agricultura, hace menos de 8.000 años. El origen de las poblaciones que trajeron la agricultura a España y Portugal es aún bastante desconocido.

Se ha investigado el genoma de 13 cadáveres de hace entre 7.500 y 3.500 años del norte y sur de la Península, entre los que se encuentra el genoma completo más antiguo del sur de Europa.

Se trata de los restos de un agricultor neolítico (de hace 7.245 años), encontrados en la cueva de los Murciélagos de Córdoba. El análisis de estos restos confirma que la revolución Neolítica llegó al sur de la península Ibérica de manos de un reducido grupo de agricultores que arribaron a la costa del Mediterráneo y que eran genéticamente distintos a los que llevaron la agricultura al centro y el norte de Europa.

Las poblaciones ibéricas permanecieron bastante aisladas de los grandes movimientos migratorios en Europa en la Edad del Bronce, pero contribuyeron de forma decisiva a la cultura de la época.

Hace unos 4.500 años, a orillas del río Tajo a su paso por Portugal, apareció una creencia basada en enterrar a los personajes poderosos con armas y objetos de lujo. Lo más característico eran los recipientes de cerámica usados para contener bebidas alcohólicas y que se conocen como vasos campaniformes.

El vaso campaniforme es característico de una cultura prehistórica asociada al Calcolítico y al período inicial de la Edad del Bronce en Europa Occidental. Se ha podido establecer que los más antiguos serían los encontrados en el área del bajo Tajo (Portugal), con una cronología que iría del 2900 al 2500 a. C. Según otros autores, su aparición se situaría, en cambio, sobre el 2400 a. C., desapareciendo hacia el 1800 a. C.

Su nombre es la consecuencia de las especiales características de estas vasijas con forma de campana invertida y profusamente decoradas que se han encontrado, generalmente en contextos funerarios. En poco tiempo, la cultura del vaso campaniforme se expandió por toda la península Ibérica y el resto de Europa: islas del Mediterráneo occidental, Francia mediterránea y atlántica,

Gran Bretaña e Irlanda, los Países Bajos y parte de Europa Central. Su presencia está relacionada con la difusión de la metalurgia del cobre por Europa occidental.

En esa misma época, los yamnaya, un pueblo de pastores que vivía en las estepas pónticas del este de Europa, se expandió por el continente. Los estudios genéticos muestran que estas oleadas migratorias debieron de ser realizadas exclusivamente por miles de hombres, a lomos de caballos acompañados de carros de cuatro ruedas. Estas invasiones cambiaron radicalmente el paisaje genético de Europa.

«En la Edad del Bronce, en lo que hoy es Valencia, comenzaron a surgir los primeros estados asociados a la cultura del Argar. Eran sociedades de clases muy acentuadas que acabaron colapsando y desapareciendo hace unos 2.000 años.

Lo que aún no sabemos es si esas poblaciones tenían el perfil genético característico de la Península o ya mostraban la marca de las poblaciones esteparias, es decir, si llegaron de fuera. El nuevo estudio ha analizado cadáveres posteriores a la cultura del Argar y comprueban que ya tienen el componente genético estepario» [Cristina Rihuete].

La cultura del Argar significó un cambio con respecto a la Edad del Cobre anterior, que se desarrolló entre el 2500 y el 1500 a.C. aproximadamente. Sobre todo, se aprecia una forma diferente de organización urbana y nuevos modos de organización social y económica en esta zona concreta de la Península Ibérica. Otro aspecto fundamental y característico de la cultura del Argar fueron los enterramientos: encontramos inhumaciones tanto en cista como en tinajas, con grandes ajuares funerarios.



Mapa de la península ibérica durante la Edad del Bronce. Se muestran las principales minas de estaño y los grupos culturales conocidos hacia 1500 a. C.

La península Ibérica no solo fue colonizada por la primera migración neolítica de hace 8.000 o 9.000 años, sino también por otra muy posterior (2500 a.C.) y portadora de una cultura muy diferente. Una cultura con carros de cuatro ruedas tirados por caballos y hachas de guerra manufacturadas en bronce.

Hace más de 5.000 años, grupos de pastores a lomos de caballos se lanzaron desde las estepas del este de Europa a la conquista del resto del continente. Los jinetes, conocidos hoy como yamnayas, llevaban consigo una innovación tecnológica: carretas con cuatro ruedas que facilitaban la rápida ocupación de nuevas tierras. Hace 4.500 años los descendientes de estos habitantes de las estepas llegaron a la península Ibérica y borraron del mapa a los varones locales, según una nueva investigación de un equipo internacional de científicos.

Un análisis genético sugiere que la llegada de grupos descendientes de pastores de las estepas pónicas reemplazó a toda la población masculina en la península Ibérica hace unos 4.000 años. El análisis de ADN de los restos de dos en el yacimiento de Castillejo del Bonete (localidad de Terrinches, en Ciudad Real) demuestra que se trata de una mujer local junto a un hombre de ascendencia yamnaya. Parece que migraciones de las estepas fueron sustituyendo a lo largo de varias generaciones a los varones locales. No sabemos si esta sustitución fue fruto del mestizaje o fue llevada a cabo por medios violentos, pero es de suponer que su nueva tecnología (carros de cuatro ruedas tirados por caballos y herramientas y armas manufacturadas en bronce) les proporcionara cierta ventaja frente a la población local.

El análisis genético de más de 400 personas fallecidas en la península Ibérica hace suponer que las oleadas migratorias de las estepas reemplazaron a los hombres de la península en el transcurso de un proceso que duró unos cinco siglos. Las posteriores poblaciones de la Edad del Bronce presentaban un 40% de la información genética y el 100% de sus cromosomas Y procedentes de estos migrantes. Dado que el cromosoma Y se hereda de los padres, los hombres llegados de las estepas tenían un acceso preferente a las mujeres locales.

Más que de una invasión se trataría más bien de una colonización. Pero los hombres llegados de las estepas desplazaron casi por completo a los hombres locales. No es necesario suponer que los hombres locales fueran desplazados de forma violenta. No hay evidencias arqueológicas de violencia generalizada. Las mujeres peninsulares podrían haber preferido a los llegados de Europa central que disponían de más recursos de un estatus social más alto.

EL IMPACTO DE LA EXPANSIÓN INDOEUROPEA

Pero el vuelco cultural que trajeron consigo las invasiones indoeuropeas no solo fue lingüístico y genético, sino que trajo consigo un nuevo tipo de organización social jerárquica y patriarcal que se impuso a través un nuevo fenómeno cultural desconocido hasta entonces por los pueblos

preindoeuropeos: la guerra. Los rastros de estos saqueos pueden seguirse perfectamente a través de los estratos arqueológicos de los yacimientos prehistóricos, donde son claros los signos de destrucción que dejaban a su paso los guerreros yamna. Sobre el porqué de esta nueva actitud y visión del mundo tratamos en otro capítulo de este trabajo. Ahora nos centraremos en conocer mejor a estos antiguos pueblos indoeuropeos y las consecuencias de su expansión bélica.

«Los saqueos más antiguos que se han registrado arqueológicamente tuvieron lugar en las cuencas bajas del Dniéper y el Danubio, y su datación por radiocarbono está fechada entre el 4.300 y 4.000 a.C. Es decir, ocurrieron hace 6.000 años (en pleno apogeo de la civilización calcolítica), si bien se trata de un hecho aislado ya que no se ha encontrado en ninguna otra parte del mundo una evidencia de invasión bélica de tan remota antigüedad. De nuevo fue el trabajo de Marija Gimbutas el que reveló la existencia de estas invasiones, así como muchos rasgos de la identidad de quienes las perpetraron.

Se trata de unos pueblos seminómadas procedentes de las estepas meridionales de Rusia, al norte de los mares Negro y Caspio, que dejaron tras de sí un conjunto arqueológico muy característico que Gimbutas denominó como Cultura de los kurganes. Un kurgán es un túmulo funerario que consiste en una cabaña de madera enterrada bajo un montículo de tierra y rocas. En estos enterramientos encontramos también por primera vez evidencia de estratificación social: En los túmulos más grandes y suntuosos con frecuencia aparecen esqueletos de hombres excepcionalmente altos o de grandes huesos junto con cuchillos, hachas de guerra, huesos de caballo, e incluso esqueletos de personas probablemente sacrificadas a su alrededor, generalmente mujeres y niños.» [Joan Coy: *La historia oculta*.]

El estudio del léxico indoeuropeo ha permitido determinar su modo de vida (ganadería), sus estructuras sociales (organización patriarcal, jerarquización de los estamentos: religioso, guerrero y agricultor) y su religión (culto a los antepasados, adoración del Dios Celeste).

CULTURA VIEJA EUROPA	CULTURA DE LOS KURGANES
Economía: Agrícola sedentaria	Economía: Ganadería extensiva nómada
Hábitat: Grandes pueblos De 500 hasta 20.000 habitantes	Hábitat: Pequeñas poblaciones Móviles
Estructura social: Sociedad igualitaria, matrifocal	Estructura social: Sociedad jerárquica Patriarcal
Ideología: Pacífica, artística	Ideología: Militar, conquistadora

«La invasión de los bárbaros y la caída del Imperio Romano no fue más que un episodio entre indoeuropeos. El cambio sustancial ocurrió en Europa varios milenios antes (hace unos 5000 años) con la irrupción de los Kurgos. [...] Los Kurgos eran pueblos de pastores semi-nómadas que vivían en grutas o

pequeños poblados de temporada, conduciendo el ganado de un sitio a otro por las anchas estepas situadas entre el norte del Mar Negro y el Caspio, donde se sitúa probablemente su origen. Eran tribus organizadas según el sistema de jefatura y descendencia patrilineal, y adoraban a dioses guerreros masculinos. El hacha, el puñal y la espada constituían los símbolos del poder divino.

Domesticaron el caballo y aprendieron la metalurgia del bronce de los caucásicos hacia el 3500 a/C, y aplicaron por primera vez los metales y los animales para la guerra. He ahí el salto cualitativo. A partir de entonces, y debido fundamentalmente al crecimiento demográfico y al cambio de clima atlántico a suboreal que desecó las estepas, empezaron a emigrar masivamente hacia Europa. Según la arqueóloga M. Gimbutas, partiendo del Sur de las estepas de la actual Rusia, Bielorrusia y Ucrania, se extendieron en tres grandes invasiones, la última de ellas hacia 3000-2800 a/C.» [Josu Naberan: *La vuelta de Sugaar.*]

«Además de ciertas innovaciones tecnológicas, como la invención de la rueda y la producción de herramientas y armas de bronce más eficaces, se observa un cambio en los rituales funerarios. Ahora las tumbas pasan a ser individuales, y las diferencias en el tratamiento ritual de hombres y mujeres son cada vez más marcadas. Los ajueres funerarios más ricos, formados por herramientas, armas especializadas y adornos de metal, están concentrados en un grupo reducido de tumbas masculinas. La vinculación entre individuos masculinos, poder y metalurgia se da incluso en las regiones que no disponen de recursos mineros, y se subraya en el ritual funerario mediante la colocación de crisoles y yunques junto al cuerpo del difunto. Este ritual funerario, que pretende destacar unas diferencias sexuales y económicas basadas en el control de la tecnología y los medios para ejercer la violencia, es precisamente el que comienza a introducirse en Europa central y occidental desde el Cáucaso y las estepas rusas hace unos 5.000 años.» [Artículo del portal de divulgación científica SINC, "Las lenguas indoeuropeas viajaron con los pastores desde el Este de Europa".]

«Se produjeron las invasiones de bandidos indoeuropeos, de pueblos nómadas desconocedoras de la agricultura, que residían en zonas donde los recursos alimentarios habían sido abundantes. Pero tras sobrepasar sus límites y empezar a escasear y necesitados de pastos para alimentar a sus rebaños, atravesaron e invadieron territorios ajenos, en busca del codiciado alimento, saquearon, devastaron las codiciadas regiones y terminaron destruyendo gran número de pueblos y modificando la estructura social.

Fueron los arios, los luvianos, los aqueos, los kurgos, los hebreos, los dorios: las oleadas de migraciones que según Gimbutas asolaron Europa en tres fases: la ola nº 1 del año 4300 a.C., la 2ª ola del año 3200 a.C. y la nº 3 del año 3000 a.C. Conquistaron otras regiones y destruyeron culturas de muchas regiones, en donde impusieron sus ideologías. Y se generalizó el patriarcado por la fuerza de la violencia y la guerra: según Gimbutas la cultura patriarcal de los indoeuropeos supuso la destrucción de una cultura uniforme, matriarcal

y pacífica, que había perdurado en toda la Europa antigua durante veinte mil años atrás, del Paleolítico al Neolítico.» [Francisca Martin-Cano]

«El arma de bronce, la espada, el puñal, el hacha de guerra van a reducir todo ello a la nada, y si bien los conquistadores utilizarán los dólmenes (construidos hacía siglos por los antepasados de las poblaciones ahora conquistadas) para enterrar a sus propios jefes, abatirán las estatuas-menhires. (...) Ahora bien, las poblaciones autóctonas, aun las más pacíficas, no se dejaron reducir voluntariamente por aquellos guerreros más experimentados que ellos. Y así, a comienzos de la Edad de Bronce se encuentran diseminados por toda Europa Occidental huellas de combates, restos calcinados, cuerpos atravesados por flechas, y sobre todo la preponderancia de una civilización muy diferente a la anterior.» [J. C. Perpere, "Les Pierres qui Parlent".]

«Las dagas de bronce, las alabardas, los mazos y las hachas de guerra y las flechas de puntas de pedernal encontradas en numerosos sitios arqueológicos, junto con los ídolos masculinos, permiten seguir con exactitud las rutas de aquellos indoeuropeos. A partir de entonces se notan cambios profundos en los registros arqueológicos: aparecen muchas armas, pero desaparecen el sistema de símbolos y el arte de la Antigua Europa neolítica; se nota el hundimiento de la agricultura y el auge de la ganadería, la decadencia de las ciudades y el aumento del nomadismo; la abundancia de los ídolos masculinos y la desaparición de las representaciones de la diosa.» [Josu Naberan: *La vuelta de Sugaar*.]

«Se truncaron tradiciones milenarias; ciudades y pueblos se desintegraron, desaparecieron piezas de cerámica magníficamente pintadas, al igual que santuarios, frescos, esculturas, símbolos e inscripciones. Se debilitó el gusto por la belleza y la sofisticación en el estilo y en la realización de las piezas. Desapareció el uso de los colores brillantes en casi todos los territorios europeos, excepto en Grecia, las Cícladas y Creta, donde las tradiciones de la vieja Europa continuaron durante tres milenios más, hasta el 1500 a. C.» [Marija Gimbutas]

«La despiadada imposición de una mitología foránea, una ética guerrera, y costumbres jerárquicas sobre los pueblos agricultores de la Vieja Europa prácticamente eliminaron la cultura precedente. El trastorno y el sufrimiento causados por las tribus nómadas, la huida incesante de pueblos desplazados durante todo el cuarto milenio a.C., pueden imaginarse sólo comparándolos con los sucesos transcurridos en el siglo XX en la Europa central y oriental (curiosamente, se trata casi de la misma área que la Vieja Europa), cuando tantos pueblos aterrorizados, atrapados entre ejércitos altamente mecanizados, no tenían hacia donde huir. Según Gimbutas, las tribus kurganes cambiaron el curso de la prehistoria europea, al imponer una cultura que era estratificada, pastoril, nómada y orientada a la guerra sobre una cultura que era agrícola y sedentaria, igualitaria y pacífica. Su sistema social estaba jerarquizado, y su sacerdocio era masculino. Practicaban sacrificios humanos, eligiendo para ello particularmente el caballo, e inmolando vivos a las viudas e hijos de sus jefes muertos junto a ellos.» [Anne Baring y Jules Cashford: *El mito de la Diosa*.]

COSMOVISIÓN INDOEUROPEA [Fuente: Wikipedia]

Uno de los dioses o fuerzas naturales divinizadas más importantes en la cultura de los antiguos indoeuropeos era un "Dios padre" del cielo *dyeus patēr. Esta expresión sobrevive tanto a través del griego Zeus (<*dyeus), como a través del latín Iu-piter (*dyeus patēr). La palabra para el resplandor del día y dios derivan de la misma raíz (*dyw-).

Pero las prácticas culturales entre los pueblos indoeuropeos son tan variadas que es imposible situar con exactitud un solo ritual que se remonte al período común. Autores, como Antoine Meillet, se muestran escépticos a la idea de una religión raíz entre los indoeuropeos, debido a la enorme diversidad de cultos identificada desde los yacimientos más antiguos.

La comparación entre los dioses de las diversas mitologías de pueblos indoeuropeos, sugiere que se trataría de una religión politeísta encabezada por una trinidad de dioses supremos.

La primera naturaleza de los diversos dioses de los pueblos indoeuropeos probablemente fuera de carácter celestial, atmosférico o incluso astrológico, asumiendo la idea de que las divinidades vivían en los cielos y desde ellos se manifestaban. Así, los grandes dioses indoeuropeos, como el nórdico Thor, el indio Indra o el griego Zeus, son Señores del Rayo.

Según el antropólogo francés Georges Dumézil (1898-1986), los arios que durante el segundo milenio a.C. se expandieron desde Siria hasta el río Indo tenían una explicación mística del mundo y la sociedad. Tanto la sociedad como los mismos dioses se agrupaban y organizaban en tres órdenes: soberanía mágica y jurídica (sacerdocio), vigor guerrero (aristocracia militar) y los productores o trabajadores.

Georges Dumézil ha llamado la atención sobre el hecho de que muchos de estos pueblos indoeuropeos coronaban su panteón con una trinidad divina:

Esus, Tutatis y Taranis entre los celtas; Thor, Odín y Freia de los antiguos pueblos indoeuropeos nórdicos; Brahma, Visnú y Shiva en la Trimurti india; Zeus, Poseidón y Hades en Grecia; Zeus/Júpiter, Hera/Juno y Atenea/Minerva formaban la Tríada Capitolina grecorromana.

La predilección por ese número se extendía también a la sociedad, dividida en tres castas: sacerdotes, guerreros y trabajadores, que eran los roles respectivos de los dioses principales. Curiosamente, el nombre del número tres es de los pocos que se expresan (junto a conceptos como madre, noche o estrella) de manera similar en los idiomas indoeuropeos conocidos.

Mitra, Varuna, Indra y los dos Nasatiya, el quinteto de dioses propio de los mitanios, reflejan los estratos o castas de la sociedad aria: Mitra y Varuna (el Ouranós, Urano, el firmamento, de los griegos) son los dioses del estrato de los brahmana o sacerdotes; Indra corresponde a la casta de los guerreros y los dos Nasatiya representan a la tercera clase social, la de los ganaderos, agricultores y, en general, productores de todo orden.

Varuna era la Ley, que impone el Destino y el Deber, dios encargado de castigar y juzgar a los hombres.

Mitra es amistoso, comprensivo con los hombres. Aunque también es juez, es el abogado de los hombres, un dios benéfico, tranquilizante, inspirador de actos y relaciones honestas, pacífico. Representa la vida que su mundo le da al nuestro.

Indra, como supremo dios guerrero, bendice la fuerza con que el soldado obtiene la victoria, mantiene el orden social interno y defiende a la comunidad de agresiones externas. Su arma es el rayo, con el que abate a los demonios y gigantes y salva el universo. Indra es el Zeus griego y el Thor de los nórdicos.

Los indoeuropeos poseían una mitología basada en tríadas. Al separarse los indoeuropeos, sus mitologías se mezclaron con las de los pueblos autóctonos que invadían. Los nombres también variaron. Por ejemplo, Varuna se convirtió en Urano, dios del cielo de los griegos. Indra, al llegar a Grecia tomó los atributos del hijo de la Diosa madre local (Rhea), y se convirtió en Zeus.

En el caso de Italia, los indoeuropeos comenzaron a adorar a Indra padre e Indra madre, o sea Iun-piter y Iun-mater, que se convertirían en Iu-piter e Iunus (Júpiter y Juno). Mitra, el dios del sol, sobrevivió con ese nombre en India y Persia. En Grecia fue suplantado por la divinidad local Febo mientras que en Italia fue abandonado por el dios grecoetrusco Aplu, convertido en Apolo.

En Grecia e Italia, antes de la llegada de los indoeuropeos, se adoraban diosas madres. La diosa de la sabiduría en Grecia era Atena, convertida en Atenea. En Italia, entre los etruscos, la diosa de la sabiduría era Mnerva, de donde viene Minerva.

En resumen, los indoeuropeos tenían una mitología con un probable origen común. Los dioses comunes a todos los pueblos indoeuropeos se identifican con un cuerpo celeste tales como el Sol o la Luna, con un fenómeno natural o una parte del mundo: la Tierra como Madre, el Cielo diurno como Padre, los Gemelos divinos como los hijos, a Aurora como la hija, la Luna; quizá también el Fuego, pero este elemento no es divinizado en el seno de muchos pueblos indoeuropeos, que lo reemplazan por el hogar.

A partir de la designación indoeuropea de Dios, *deywo, de una frecuente oposición entre dioses y mortales y de una fórmula común entre Grecia y la India, Antoine Meillet concluía que los dioses indoeuropeos eran considerados «celestes y luminosos, inmortales y dadores de bienes» y añadía a los cuerpos celestes y a los fenómenos naturales «los hechos sociales divinizados», tomando como ejemplo a Mitra, «pacto de amistad».

Se trataba de unas religiones mucho más pesimistas que las actuales, las creencias de los indoeuropeos estaban muy ligadas a ciclos de muerte y nacimiento.

Los dioses eran la representación humana de la naturaleza que rodeaba a la familia. Como fuerzas naturales que eran, vivían y morían. Participaban de un ciclo de generaciones eternas, el ciclo del eterno retorno.

Este tipo de mito de la Creación se dio en Egipto, Oriente Medio e incluso en la religión griega, resultando común no solo entre los indoeuropeos, sino también entre los semitas, formando parte incluso de las grandes religiones monoteístas.

Del Espíritu surge una masa orgánica, sin forma, que fue separada por un dios, Señor del aire y de la atmósfera. En las estrellas quedaba otro dios, Señor del Firmamento, que acabará por convertirse en un dios ocioso, cuya función pasa a un segundo plano, no en importancia sino en términos pragmáticos. Otra diosa era la Tierra, que quedaba debajo del Firmamento y del Aire (sometida a los dioses masculinos, como la mujer indoeuropea estaba estrictamente sometida al hombre, se identifica a su vez la primera Tríada). De estos materiales surgían los demás dioses.

De los amoríos de estos dioses, nacerían otros dioses como el Señor de los campos y del agua dulce, uno de los dioses más sabios. Los Señores del Infierno constituían un matrimonio, llamados Nergal y Ereshkigal (en la mitología sumeria), y Hades y Perséfone (en la griega). Esta última diosa del Averno, era considerada estéril; junto a su marido, eran dioses de la inmundicia que vivían en el polvo, la nada, que era donde acababa la vida material, siendo destruido el cuerpo del finado por las tribulaciones de las Siete regiones del infierno para la purificación del alma y su metempsicosis (reencarnación). Milenios más tarde, muchos de los rasgos de los dioses infernales serían atribuidos a Satanás por el cristianismo.

El dios del Sol, masculino, era importantísimo, porque justificaba los linajes monárquicos y aristocráticos, y formaba tríada con la Luna y la sexualidad, principal divinidad femenina con la importante función de bendecir la procreación, divinizada en Venus por los helenos, y en Ishtar por los indoeuropeos del Oriente Medio, conocida en fenicio como Astarté.

Una de las conclusiones de los estudios comparativos de religiones indoeuropeas es que se consideraba que la dignidad humana provenía de su continuidad con los dioses, culminando en el hombre la naturaleza emanada de los Inmortales. La continuidad de la naturaleza divina se extiende a los animales, a las plantas y al conjunto de la naturaleza, comprendidos en ello también los minerales y los objetos inanimados.

Esta sacralización universal es una de las principales características del paganismo indoeuropeo. Su traducción filosófica es el panteísmo.

El dios del cielo

La palabra dios (*deywos) tiene la misma raíz que la palabra día (*dyew), debido a que la mayoría de las culturas asocian el bien con la luz y el cielo, así como el mal con un mundo subterráneo y oscuro, similar a la tumba que recuerda la experiencia más dolorosa, la temporalidad humana y la pérdida

de los seres queridos. Pese a su politeísmo organizado en tríadas, la divinidad primera de los indoeuropeos, demiurgo del universo, era conocida por un nombre común: Dyeus, de donde derivan los actuales términos de dios y de día, así como el nombre latino de Iuppiter, los griegos Zeus y theos, las palabras sánscritas dyaus (cielo) y devah (dios), el persa daeva (demonio, al convertir a Indra y demás dioses en tales por la reforma monoteísta de Zoroastro en el Avesta), Tig, day y Tuesday en inglés, etc.

Dyeus solo significaba 'cielo luminoso'. El nominativo de su nombre latino, Iuppiter, compuesto de Dyeus y de pater, coincide totalmente con el de Dyaus pita del sánscrito (y tiene muchas concomitancias con la locución griega homérica, aplicada a Zeus: patér andrón de theón te (padre de los hombres y de los dioses)).

En el mundo védico, Dyaus pita es una divinidad de muy escasa relevancia en comparación con Varuna, cuyo dominio preferente es el cielo (su homónimo griego, Ouranós, hubo de traspasar a Zeus, en cambio, casi todos sus poderes sobre el cielo, quedando él como mera personificación del firmamento). Por el contrario, tanto el Iuppiter itálico como el Zeus griego no solo mantuvieron su rango de señores del cielo, sino que lo elevaron notablemente con otras prerrogativas.

En época prehistórica, cuando los indoeuropeos aún no habían experimentado la diáspora de sus agrupaciones, Dyeus no era más que lo que su nombre indica, un dios del cielo al que se reconocía una paternidad universal. Esto fue lo que siguió siendo el Dyaus de los Vedas. En cambio, los antepasados de los griegos y de los itálicos hicieron de Zeus y de Iuppiter, respectivamente, algo muchísimo más grande: por una parte, el soberano de los dioses y de los hombres: por otra, el dios del rayo.

La posición del fiel ante los dioses

El culto negativo, de respeto a las tradiciones, solo implicaba la observancia de una especie de Contrato social entre la divinidad y la comunidad fundada en su honor. Un rasgo sorprendente para los actuales arqueólogos, es que, a diferencia de algunas religiones antiguas, y de la inmensa mayoría de las actuales, en pocas culturas indoeuropeas se observaba a los hombres postrarse a los pies de los dioses, rostro en tierra.

Por el contrario, un rasgo común a los textos sagrados de las culturas indoeuropeas era la actitud de camaradería que algunos sacerdotes y guerreros llegaban a tener con los dioses. Algunas castas llegan a ser representadas como iguales frente a los dioses, como ocurría con los sacerdotes en Egipto y los guerreros en el mundo nórdico, al punto de permanecer de pie, frente a frente y con la misma altura, e incluso utilizando el saludo común indoeuropeo, brazo en alto.

Los dioses extranjeros

Si el culto a los dioses nacionales es exclusivo, los dioses extranjeros son considerados como dioses reales que protegen a los extranjeros, pero que pueden ser tanteados en caso de conflicto.

Es por lo que en ocasiones los dioses extranjeros han sido introducidos en el conjunto de los dioses romanos, por ejemplo.

Culto al sol

«Se considera que el culto al Sol pudo ser el origen del henoteísmo y, después, del monoteísmo.» [Wikipedia: Dios solar]

«En el siglo XIX se generó toda una corriente historiográfica que pretendía ver en el culto solar arcaico un fenómeno de dimensión universal. No obstante, primero Bastian y más tarde Frazer desacreditaron este tipo de teorías más o menos novelescas al demostrar que en realidad la adoración al astro rey es un fenómeno relativamente poco frecuente, quedando circunscrito en el pasado de la humanidad a la Europa arcaica, el antiguo Egipto, el Perú y México precolombinos y a algunos pueblos africanos concretos. En el caso de estos últimos, generalmente la creencia en el dios solar es derivativa con respecto a la del Dios Ocioso.

No existe ninguna evidencia probatoria de que el antiguo monoteísmo de la diosa Madre fuera sustituido por otro, esta vez centrado en el astro rey. Sólo podemos reconocer que la adoración al sol tuvo una gran importancia en el primer neolítico europeo. Probablemente, convivió con los sistemas religiosos centrados en la divinidad femenina primordial, aunque ésta perdiera en gran medida su importancia de antaño.

Presumiblemente, el culto a los antepasados y otras formas religiosas, tal vez incluso la idea del Dios Supremo Ocioso, convivieron con el culto solar. Pero estas no son sino meras hipótesis al vuelo. Lo crucial es que, en Europa, como en el caso de Oriente Medio, la resultante de este cambio religioso fue la subordinación de la divinidad femenina o al menos la pérdida de su importancia previa. Finalmente, la decadencia del culto a la Gran Diosa Madre fue precipitada como efecto de las invasiones indoeuropeas que tuvieron lugar hacia entre el 3000 y el 1500 a.C.» [Echánove, 2008: 60 y 71]

El Dios Supremo

«La cantidad de elementos de la religiosidad indoeuropea y en particular de su concepción del Dios Supremo que ha heredado la cultura occidental es colosal. El prejuicio de considerar al analizar la religión de otros pueblos que, aunque nos encontremos frente a un panteón politeísta, debe existir un Dios Supremo, es en realidad fuertemente cultural y de raíz indoeuropea.

El carácter masculino de la concepción contemporánea del Dios Supremo es en gran medida reflejo de su fuerte impronta indoeuropea, como lo es también el imaginarlo como padre de los fieles o la idea de que tiene el poder de

castigar y perdonar, completamente extraña a otras concepciones religiosas de otros pueblos.

Nuestra herencia de las concepciones religiosas indoeuropeas abarca muchos otros aspectos además de los relativos a la naturaleza de Dios. La idea de que debe existir una clase sacerdotal específica es un buen ejemplo de ello. Se trata de una concepción que, en cambio, resulta en general ajena al universo cultural semita y por tanto árabe e islámico.

Aunque muchos aspectos de las ideas sobre Dios con las que estamos familiarizados en el mundo occidental, tienen un origen indoeuropeo muy arcaico, la concepción monoteísta, en cambio, no es parte de esa huella. Por más que creyeran en un Dios Supremo, los pueblos indoeuropeos históricos nunca fueron monoteístas, sino, más bien, ejemplo de un politeísmo masivo, tal y como evidencian los casos de la antigua Roma, Grecia o en el hinduismo contemporáneo.

El monoteísmo tal y como hoy en día lo entendemos surgió en el medio cultural semita, un contexto muy diferente al indoeuropeo desde varios puntos de vista. No obstante, la recurrente historia de sucesivas oleadas de invasiones indoeuropeas, (incluido Oriente Medio, la zona de origen del monoteísmo) supuso que, históricamente, las nociones sobre el Dios Supremo de los indoeuropeos influyeran de forma decisiva en el proceso de conformación de la idea del Dios único.

A través de la impronta primero persa y después griega sobre el judaísmo, y posteriormente del predominio de Roma sobre el cristianismo, sumado al sustrato religioso de los pueblos convertidos a esta nueva religión en toda Europa, el modelo indoeuropeo de entender al Dios Supremo marcó de manera inequívoca la forma que finalmente adoptaría el monoteísmo cristiano». [Echánove, 2008: 85 ss.]

LAS INVASIONES HITITAS Y FRIGIAS

Entre el 2300 y el 1700 a.C. tribus indoeuropeas invadieron Anatolia. Varias ciudades fueron saqueadas. La más poderosa de estas tribus fue la de los hititas, que conquistaron Anatolia hacia el 1740 a.C., derrocaron hacia el 1600 a.C. la dinastía de Hammurabi en Babilonia y establecieron un imperio que perduró hasta poco después de la guerra de Troya, hasta el 1170 a.C. Este imperio se extendía desde el oeste de Anatolia hasta el Éufrates y hacia el sur hasta la actual Siria. La corte del rey hitita mantenía contacto con Egipto, Grecia y Babilonia.

«En el siglo XII a.C. llegó a Tracia (Bulgaria) otro grupo de invasores, desde la zona que Gimbutas denomina Vieja Europa. Estos invasores disputaron el poder a los hititas, se asentaron en una parte de la Anatolia occidental que llegó a ser conocida como Frigia y que convertiría en uno de los núcleos principales del culto a Cibele y a su hijo-amante, Atis. Los frigios se establecieron en la parte central y occidental de Anatolia durante el segundo milenio a.C. Uno de sus reyes fue Midas, cuya capital estaba en Gordio. Construyó un templo en Pesinunte, que es hoy un pequeño pueblo al sudoeste

de Ankara.» [Baring, Anne / Cashford, Jules: *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*. Madrid: Ediciones Siruela, 2005].

EL CASO DE GRECIA

Colin Renfrew supone una visión distinta de la indoeuropeización de Europa y Grecia; para él los indoeuropeos provendrían de la zona llamada Creciente Fértil (en la zona cercana a Mesopotamia, en los ríos Tigris y Éufrates). Una vez descubierta la agricultura y sedentarizado el hombre, con la aplicación de las nuevas tecnologías de la agricultura, el aumento de la producción y el aumento subsiguiente de la población, se iba haciendo más necesaria la búsqueda de nuevos territorios. Fue así que parte de la población iba a buscarlos a una distancia muy próxima para abastecer más población; se creaba un nuevo poblado y el ciclo se volvía a reproducir una generación más tarde, así durante milenios.

Según Colin Renfrew, estas oleadas, que no implican destrucciones ni guerra, dieron lugar a que desde el 6000 hasta el 3500 a. C. toda Europa y parte de Asia quedara indoeuropeizada.

Ello no quita que después, dentro de los propios pueblos indoeuropeos ya establecidos se produjeran invasiones o migraciones en época posterior a causa del clima o problemas con las cosechas. El caso de Grecia sería un tanto peculiar, ya que en una primera época recibiría población indoeuropea desde Anatolia y después desde el Norte a través de los Balcanes.

La llegada de primeros pobladores indoeuropeos al Egeo y a los Balcanes se produce hacia el 3000-2800 a. C. De estos no queda nombre que los identifique. Los pueblos indoeuropeos que se pueden identificar con hablantes de lenguas históricas conocidas no aparecerán en los escenarios del Egeo (y de Italia y Centroeuropa) hasta el final del III milenio (los griegos en este caso concuerdan también con la idea de que llegaron hacia el 2000 a territorio egeo. Al mismo tiempo el Egeo recibiría población indoeuropea no desde el Norte, sino desde el Este, desde Anatolia, como lo demuestra la presencia del cario (y para algunos otros también del luvita) en futuro territorio griego.

La concepción de una raza común indoeuropea con temperamento, costumbres e instituciones específicas, que fueron barriendo pueblos y ocupando países, es muy romántica y posiblemente errónea. Los indoeuropeos se fueron asentando poco a poco y se fueron fundiendo con las poblaciones con las que topaban con mayor o menor preponderancia, lo que les dio su ulterior configuración especial e independiente: los griegos indoeuropeos se hicieron griegos en Grecia.

Los propios griegos nos han dejado constancia de que hubo antes otros moradores del futuro suelo heleno, gentes a los que denominaban de modos muy diversos: había pelasgos, tírsenos, léleges, carios y eteocretenses.

Los griegos sí consideraban a los carios como habitantes primitivos de la Hélade; a los demás (léleges, tírsenos, eteocretenses y pelasgos) también, pero no son identificables como pueblo real lingüísticamente, al tiempo que la

adscripción de los etruscos (y por tanto los tírsenos) como indoeuropeos se pone muy en duda.

Los minoicos, los micénicos, los fenicios son los primeros portadores de un bagaje civilizador en el ámbito del Mediterráneo. Los dorios, pueblos guerreros del mar, atacarán las culturas más evolucionadas produciendo una regresión cultural que se prolongará varios siglos. Los dorios, junto con los jonios, consolidarán en el mar Egeo una gran cultura civilizadora durante el primer milenio a.C. Esta es la época en la que el hierro se convierte en el metal básico para la elaboración de herramientas y armas, sustituyendo al bronce, más difícil de conseguir.

La civilización griega está basada en el modelo político-religioso de ciudades-estado: Esparta, Atenas, Tebas. En estas ciudades florecerá una civilización que irá asimilando elementos culturales llegados del Este. Posteriormente, Grecia establecerá colonias comerciales a lo largo de las costas mediterráneas siguiendo el modelo griego, en competencia con el modelo fenicio-cananeo. La conquista del rey macedonio Alejandro Magno llevará la cultura griega a los confines del viejo Imperio Persa. A la muerte de Alejandro, sus generales adoptan el modelo imperial aqueménida y dividirán los territorios conquistados.

Para Grecia la llegada de los indoeuropeos, tanto originarios como griegos supone la Edad del Bronce y el abandono del Neolítico, excepto en Creta, que al menos hasta su etapa minoica parece ser lo que se llama un reducto de la *Vieja Europa*.

LA ANTIGUA GRECIA Y LAS INVASIONES INDOEUROPEAS

Las antiguas tradiciones consideran a los *pelasgos* como los habitantes que en Grecia precedieron a los griegos propios. En general, "pelasgo" ha llegado a aludir ampliamente a todos los habitantes indígenas de las tierras egeas y sus culturas antes de la llegada del idioma griego. Los pelasgos aparecen por vez primera en los poemas de Homero: en la *Ilíada* que entre los aliados de Troya están los pelasgos.

El griego pertenece al grupo de lenguas indoeuropeas, que derivan de una lengua madre que era hablada en una gran extensión de territorio de Europa y Asia antes del segundo milenio a. C. Según algunas teorías, la formación del griego fue fruto de inmigraciones masivas que llegaron hasta el sur de los Balcanes en torno al siglo XX a. C. Estos inmigrantes indoeuropeos habrían tomado algunos elementos de las lenguas de los pueblos prehelénicos que hablaban los habitantes que ya se encontraban allí cuando ellos llegaron.

Los *léleges* fueron uno de los primeros pueblos originarios de Grecia, el mar Egeo y el sudoeste de Anatolia, que ya debían encontrarse en esas regiones cuando llegaron las primeras tribus indoeuropeas de los helenos.

A los *carios* se los menciona una vez Homero, quien nos cuenta que los carios vivían en Mileto y que en la guerra de Troya lucharon junto a los troyanos.

Parece que los griegos se asentaron en la costa oeste del Asia Menor en los años oscuros que van del 1200 al 800 a. C., mezclándose con los carios.

Los más antiguos grupos griegos formaban parte de la familia de los **jonios** y se fueron superponiendo sobre los carios y los léleges, fusionándose con ellos y apropiándose de su cultura, manifiestamente superior.

Los **jonios**, primeros invasores de la Grecia continental y pueblo de origen ario, establecieron estrecho contacto con la cultura **minoica** de Creta: arquitectos cretenses construyeron para los jonios en las ciudades continentales magníficos palacios a semejanza de los que había en Creta.

Hacia mediados del segundo milenio a.C., aparecen nuevas oleadas de pueblos indoeuropeos: los **aqueos**. Los aqueos presionan desde el norte y expulsan a los jonios del Peloponeso, los arrinconan en el Ática y los lanzan hacia las islas del mar Egeo y costas de Asia menor. Los aqueos atravesaron la Grecia continental, se establecieron en las ciudades jonias y, desde el continente, saltaron a Creta, incendiaron sus palacios y acabaron con su poder y su florecimiento.

Así comienza el predominio de las ciudades aqueas: Tirinto y Micenas. De Micenas recibe el nombre la **cultura micénica** (1700-1100 a.C.), época en que otro pueblo indoeuropeo se apoderó de estas tierras. Creta se convirtió durante este periodo en una tierra vasalla de los poderosos señores micénicos y muchos artistas cretenses trabajaron para ellos decorando sus suntuosos palacios al estilo cretense. Fue esta la última etapa de la cultura minoica de Creta, que se puede calificar de creto-micénica: el elemento micénico ponía lo esencial y Creta ponía la decoración y lo accesorio.

La cultura micénica de los aqueos se fue debilitando y propició las siguientes oleadas de invasores. Sobre la Grecia meridional se lanzó un nuevo grupo helénico, los **dorios**, que había penetrado en la Hélade siguiendo idéntico camino que sus hermanos de raza. La supremacía de los dorios fue total en algunas regiones, como ocurrió en Esparta, que quedó convertida en una sociedad en la que una minoría vivía parasitariamente sobre una gran población de esclavos. En otras ciudades, los dorios hicieron pactos entre vencedores y vencidos.

La invasión dórica tuvo la virtud de ampliar la **zona colonial de Grecia**. Al expulsar los dorios de los territorios ocupados a la población, se produjo una superpoblación en las regiones orientales de Grecia y una nueva salida de colonos en búsqueda de medios de vida en lejanas tierras. Así fueron surgiendo colonias griegas en el Norte de África, en Italia, en la costa meridional de Francia y oriental de España. Algunos pueblos nativos de Asia Menor llegaron incluso hasta Egipto.

Aqueos (del latín Achaei; griego: Ἀχαιοί, Akhaioí) es uno de los nombres colectivos utilizados en la Odisea y en la Ilíada de Homero para el conjunto de los griegos que atacaron Troya. Los otros términos son **dánaos** (Δαναοί,

utilizado 138 veces en la *Ilíada*) y *argivos* (Ἀργεῖοι, utilizado 29 veces en la *Ilíada*), derivado de Argos, una ciudad de la unidad periférica de Argólida.

Debido al uso del término *aqueo* en los poemas homéricos, a veces suele designarse como aqueos a los habitantes del pueblo indoeuropeo que, a partir del año 2000 a. C., se desplazaron hacia el sur de los Balcanes y que posteriormente dieron lugar a la civilización micénica, pero la historiografía denomina más frecuentemente «micénicos» a los portadores de dicha cultura.

«Está probado que las representaciones antropomórficas de dioses no aparece hasta el cuarto milenio a.C. en Mesopotamia. En Grecia el proceso de humanización de los dioses termina con Homero y Hesíodo "que crearon una genealogía de los dioses para los griegos, dieron a los dioses sus epítetos, clasificaron sus honores y responsabilidades y dieron forma a su figura" (Walter Buckert).
